
 TARDE XXXIX.

De las enfermedades de nuestro Entendimiento y de sus remedios.

§. I.

De la ceguera que los Pirrónicos falsamente atribuyen á nuestro Entendimiento.

Teod. **V**enid, pues, Silvio, que hoy he de tomar vuestro oficio, y me he de meter á Médico.

Silv. Siendo como sois tan buen Físico, teneis mucho adelantado para la Medicina, segun nuestro axioma: *Ubi desinit Physicus, incipit Medicus.*

Eug. Aun no habeis acabado de creer que yo no entiendo latin.

Silv. A los axiomas se les debe tal veneracion, que no es lícito alterarles las palabras, y Teodosio bien me entiende.

Teod. Pero no es esa la Medicina de que yo hablo: vos curais las enfermedades del cuerpo, y yo pienso tratar hoy de las del entendimiento, el qual tambien tiene sus achaques, que son bastante perniciosos, y necesitan cura. Por eso dixé que hoy habia de tomar vuestra ocupacion.

Silv. Yo la cedo de buena gana, porque no estudié esa casta de Medicina.

Eng. Teodosio , hablemos claro : decidme que enfermedades son esas de nuestro entendimiento , porque quiero que tomeis el pulso al mio , por ver si lo tengo achacoso.

Teod. Nuestro entendimiento siempre procura hallar y abrazar la verdad. Este es el fin para que Dios lo crió ; y así como los ojos no tienen otro fin ni otro oficio , sino ver los colores y la luz , del mismo modo el entendimiento no puede tener otro fin , sino conocer y abrazar la verdad. De aquí viene , que la diferencia de un entendimiento á otro por la qual es mas ó ménos estimable , solamente está en hallar la verdad con mas prontitud , ó abrazarla con mas firmeza y seguridad. Muchos andan por ahí abrazándose con errores feos y monstruosos , teniéndolos por hermosísimas verdades : otros andan en busca de ella , y teniéndola bien cerca , nunca la pueden alcanzar. Estos tales tienen el entendimiento muy enfermo. Sin embargo no es tan general esta enfermedad , que se extienda á todos , como algunos pretenden. Muchos Autores hay , y de buena nota , que siguen la sentencia de los antiguos Pirronianos ó de los Académicos , los quales decian que nosotros en este mundo jamas podíamos llegar á conocer claramente la verdad , ni á tener seguridad de que la poseíamos y la habíamos alcanzado ¹. Estos hombres querian hacer transcendente á todos los entendimien-

¹ Francisco Mateo Vaicrio , Pedro Daniel Huet , Pedro Baile y otros.

tos una falta que en realidad no tienen. Conviene , pues , desvanecerles esta imaginacion , y quitarles esto del pensamiento.

Silv. No despreciéis esa opinion , que no ha muchos dias que yo la leí en un hombre famoso , el insigne Portugues Francisco Sanchez , hijo de Braga , que compuso un libro admirable con este título : *De la muy noble , primera y universal ciencia que nada se sabe.* Este Autor sigue con mucho empeño esa opinion , y me incliné bastante á que tenia razon.

Teod. Sin embargo yo quiero impugnarla , porque me parece falsísima ; y creo que todo el que ingenuamente quiera decir lo que siente en su corazon , ha de confesar que su entendimiento no está tan enfermo , que no pueda conocer y alcanzar de cierto muchas verdades. Para no perder tiempo , Eugenio , conviene advertiros que hay tres especies de certeza : *certeza moral , certeza física , y certeza metafísica.* La certeza moral se da quando una proposicion solo con grandísima dificultad puede ser falsa : v. g. si se dixere que el Rey de Prusia ha de estar muy contento con esta batalla que acaba de ganar.

Eug. Seguramente lo está , y eso es bien cierto.

Teod. No obstante esa seguridad que tenéis de su alegría , absolutamente y sin milagro puede ser que no la estime , por algunas circunstancias particulares que ignoramos. A esta certeza , pues , llamamos solamente

moral : otra hay mas fuerte , que llamamos *física* , la qual se da quando la proposicion solo por milagro puede faltar ; y de este modo suelen ser ciertas aquellas cosas que vemos con los ojos , y palpamos con las manos. Mas esta no es la certeza absoluta y perfecta de que se trata.

Eug. ¿Pues hay cosa mas cierta que lo que se ve con los ojos?

Teod. En los juegos de manos y en algunos milagros sucede eso : que se ve una cosa que no es como se ve ; por exemplo en la Eucaristia vemos pan , palpamos pan , y con todo eso allí no hay pan.

Eug. Ya caigo en lo que decis.

Teod. Certeza *metafísica* y absoluta solo se da quando la proposicion ni aun por milagro puede faltar. Esta certeza , pues , decian los Académicos que no la habia en proposicion alguna ; porque un hombre prudente de todo absolutamente habia de dudar.

Eug. La verdad es , que parece que tenían razon , porque ¿que cosa hay tan cierta que absolutamente no pueda faltar á lo ménos por milagro?

Silv. Esa opinion , como ya he dicho , no me desagradó , porque decian ellos (si no me engaño) que en este mundo estamos tan escarmentados de engaños , que prudentemente los debíamos temer en todo ; pues hasta nuestros propios sentidos nos engañaban ; y como no hallamos motivo , que nos liberte de este rezelo , siempre nos es lícito dudar de qualquier proposicion , y rezelar que lo que

nos parece verdad , sea solo una máscara ó apariencia de ella. Acuérdome que usaban de una comparacion galana : si un esclavo huyese de la casa de su amo , enviaria este á buscarle ; pero seria vana la diligencia , si los que la hiciesen no llevasen las señas del tal esclavo. De suerte , que aunque diesen con él cara á cara , no le conocerian , porque no llevaban señales por donde le pudiesen distinguir de los demas hombres. Así (dicen ellos) somos nosotros con la verdad : andamos en busca de ella ; pero como no tenemos señales ciertas , que no puedan tambien hallarse en el error y en la mentira , aun dando con la verdad cara á cara , quedamos en la duda de si ella lo es , ó si es algun error disfrazado , que parezca verdad , sin que en realidad lo sea. En esta incertidumbre , pues , siempre queda el entendimiento con rezelo , y nunca seguro de que alcanzó la verdad. Yo confieso que hallo este discurso muy conforme á razon ; de suerte , que si á lo ménos quando nuestros sentidos diesen testimonio de qualquier cosa , eso no pudiese ser falso , ya tendríamos de quien fiarnos para casos dudosos ; pero si hasta nuestros propios ojos nos mienten , ¿ de quien podrémos fiar ? Por eso dicen estos Filósofos (y tienen á su favor votos de bastante peso) que no hay nada cierto : que todo es dudoso ; y que ninguno puede en este mundo conocer la verdad con tal certeza , que no pueda prudentemente dudar de ella. Sócrates tenia esta proposicion por máxima fundamental , y de-

cia : *Una sola cosa sé , y es que no sé nada.*

Teod. Ya ese Filósofo se alargaba mucho ; pues decia que á lo ménos sabia de cierto esa su ignorancia , quando otros hasta de su misma ignorancia dudan. Pero vamos al caso : ¿ vos , Silvio , quereis defender el partido de esa opinion , y la seguís de veras ?

Silv. Supongamos que la sigo : quiero ver como me convenceis : ya desde ahora digo que dudo de todo : id á buscar los argumentos que quisieréis , que tambien dudo de ellos : ea , convencedme.

Eug. De ese modo no será fácil.

Teod. Dudad quanto quisieréis ; pero habeis de responder siempre alguna cosa , y no habeis de estaros mudo.

Silv. Eso sí. Mas ya os doy una respuesta general , y es decir *dudo de eso* : venga lo que viniere , no me sacareis de aquí.

Teod. Bien está ; pero quando decís que dudais , creo que existís.

Silv. No hay duda que existo ; ¿ y como podria yo dudar , si no existiera ?

Teod. ¿ Luego ya estais cierto de una cosa , que es vuestra propia existencia ?

Eug. Estais convencido : Silvio , habeis resbalado miserablemente.

Silv. Pues ahora digo que dudo si existo , ó no existo.

Teod. Está bien ; mas decidme : quando dudais ¿ estais bien seguro de que dudais ?

Silv. Dudo y vuelvo á dudar , y siempre dudaré , y estoy certísimo de que dudo.

Teod. Luego ya estais cierto de una cosa ;

y quando tuvieseis la cabeza tan perturbada , que dudaseis de vuestra existencia , nunca podriais dudar de esa vuestra duda ; esto es , de que teniais ese pensamiento. Ahora bien , si pensais y dudais , es cierto que existis , pues una alma que no existe , no puede pensar ni dudar. Luego todo hombre está cierto á lo ménos de que existe , de que piensa , de que conoce , y de otras verdades que su propia conciencia le está mostrando á los ojos del alma,

Silv. No puedo negar eso , ni nadie lo negará ; pero ellos no hablaban en ese sentido.

Teod. Con que ya tenemos que es falso el sistema de que nada se sabe con total certeza. Mas : ¿ dudais vos ó podeis dudar que 2 y 3 son cinco : que el triángulo no es círculo : que la bondad es amable : que la paz es agradable á la naturaleza ? ¿ Puede alguno dudar que una cosa no puede á un mismo tiempo ser y no ser ? ¿ Puede dudar que qualquier objeto es ó dexa de ser , como se dice ? ¿ Quien podrá dudar de esto ? Decidme lo que entendeis allá dentro del alma.

Eug. Esas cosas son tan manifiestamente claras , que parece imposible que se dude de ellas.

Silv. Pues los Pirrónicos no dexarian de dudar.

Teod. Con la boca no lo negaré ; pero con el entendimiento es imposible. Quien quisiese convencer á esos hombres , habia de

combatirlos con sus propias acciones ; porque ellos aunque decian que nada sabian , en la práctica se gobernaban como los otros que sabian. Ahora , pues , fingid por entretenimiento que estais en la presencia de uno de estos Filósofos , que quisiese vivir como hombre serio , esto es , que quisiese acomodar sus acciones á su sistema y dictámen. Hablaríaisle , y él no responderia , porque dudaria si ese sonido , que sentia en los oidos , era verdadero ó imaginado : dudaria si oia ó no oia : querria andar , mas no moveria el pie ; pues aun mirando bien , y reparando y viendo la casa enfrente , debia dudar si habia allí algun barranco en donde pudiese caerse.

Eug. Tentaria primero con el pie , como hace quien va á obscuras.

Teod. No seria bastante esa diligencia , porque tambien estaba obligado á dudar si tenia pie , si habia encontrado el suelo , si aun encontrando con él , le engañaba el tacto ; pues los sentidos en su opinion son los mas infieles criados de que el alma se puede servir , engañando como engañan á cada paso. Tendria hambre , estaria á una mesa abundante y delicada , pero no comeria , dudando si era lo que parecia , ó si serian culebras disfrazadas ó rejalgar bien preparado. Nosotros , que no dudamos tanto , iríamos comiendo , y él ni aun atinaria con el plato , porque dudaria si los ojos le engañaban , dudaria si la boca correspondia debaxo ó encima de la nariz , y no sabria adonde habia de llevar el bocado , aun quando acerta-

se á tomarlo del plato. ¿Que, os reis?

Silv. Creo que no llegaba á tanto su locura.

Teod. Una de las cosas de que ellos debían dudar, era si dormían ó estaban despiertos: si los objetos que se les representaban eran soñados ó verdaderos: en fin dudaban de la existencia de los cuerpos; pues los sentidos son los únicos testigos que pueden testificarla: y de los sentidos como que son engañosos, nadie se puede fiar.

Silv. También nosotros decimos eso mismo, y con todo esta duda no nos embaraza que obremos como los rústicos, que nada dudan de lo que les dicen los sentidos.

Teod. Vamos despacio, Silvio. Nosotros confesamos que los sentidos son engañosos; mas no siempre pueden engañar, y por eso ningún hombre juicioso puede dudar de la existencia de los cuerpos. Fuera de que estos Pirrónicos quando pagaban y recibían dinero, nunca dexaban de tener por cosa cierta que dos con uno hacían tres, y que quatro eran mas que tres, y tres mas que dos. Nunca dudaban que habiendo pagado, era absolutamente imposible haber dexado de pagar. Por lo que con igual seguridad y desembarazo se manejaban en todas sus acciones, como hacemos nosotros los que no tenemos tantas dudas.

Eug. Doctor mio, tomariais que hubiese muchos de estos en vuestro barrio, que tendríais muchos locos que curar, y sacaríais mucha ganancia.

Teod. Yo los curaria sin muchos remedios, y seria no haciendo caso de ellos. En una ocasion tuve yo en mi casa un amigo que con el demasiado estudio enloqueció, y era tal su demencia, que creia firmemente que estaba muerto, y que todas quantas acciones hacia su cuerpo, eran imágenes engañosas de su fantasía; de suerte que decia seriamente: *Si yo no supiera quanta fuerza tiene nuestra imaginacion, habia de creer ahora que comia, que hablaba, y que estaba sentado; pero bien sé que todo esto es sueño é imaginacion, porque yo estoy muerto.* Creed que no os engaño: todavía vive el tal, y no le nombro aquí por no sonrojarle, que es muy conocido en la Corte y en todo el Reyno y aun fuera de él. Llevábanle á sentarse en el puente de Alcántara para que esparciese la imaginacion, y entónces decia con gracia: *Veán Vms. por vida suya si estando yo vivo habia de venir aquí á sentarme de esta manera.* Hacíanle tomar algunos baños, y lloraba como un niño, porque estando muerto, decia, era excusado aquel trabajo. Pues con estar tan rematado, sanó al beneficio de algunos remedios, uno de los cuales fué no hablarle jamas del asunto, y dexarle desvariar en sus conversaciones sin oponérsele en nada, ni impugnar su locura.

Silv. Confieso que nunca la encontré semejante.

Teod. Pues bien conoceis á este sugeto. Pero volviendo al asunto, ya veis, Eugenio,

y estad firme en esto , que *quien tuviere el juicio en su lugar , y hablare ingenuamente , ha de confesar que muchas cosas se pueden saber con toda certeza y evidencia* (proposicion diez y ocho) ; esto es , que se puede dar ciencia de algunas cosas. Confieso que hay mucho error , mucha ignorancia y mucha mentira ; pero tambien hay muchas cosas certisimas , y de las quales no podemos absolutamente dudar en nuestra alma , por mas que afectemos dudar de ellas. Los primeros principios de la Geometría , y las nociones claras de los objetos , los principios de la Aritmética , los principios de la Moral son cosas innegables , como tambien que Dios es poderoso , que la virtud es amable , que el círculo no es triángulo , que 4 y 1 son cinco , &c. Por lo que no está nuestro entendimiento tan enfermo , que nada vea claramente , sino como por tela de cedazo (como dicen) : ni es tan coxo , que no pueda dar un paso derecho. Mas como muchas veces yerra , aun quando ménos lo teme , es menester ir descubriendo sus enfermedades para aplicarles oportuno remedio.

Eug. El caso es que todas estas enfermedades son muchas veces mas nocivas que las del cuerpo , porque hay errores muy perniciosos ; y quien no tuviere el entendimiento sano , caerá en ellos , y padecerá daños bastante graves. Vamos á este punto , Teodosio.

Teod. Las enfermedades de nuestro entendimiento son de dos clases : unas interiores,

otras exteriores: de las interiores y propias de la misma naturaleza del entendimiento las principales son dos; á saber, *la tenacidad*, y la *precipitacion ó ligereza*. De las exteriores, ó que le vienen de afuera, tambien las principales son dos: una que procede de los *sentidos del cuerpo*, los quales engañan al alma que se apoya en ellos, y la hacen dar grandes caidas: otra que nace de la *autoridad de otros*, de quienes el entendimiento se fia; y entendiendo que van por caminos derechos, los sigue; pero es engañado, porque llevándole por mil precipicios, le hacen caer lastimosamente. Conviene, pues, tratar de cada una de estas enfermedades en particular, para acudir con el remedio. Comencemos por una, que le hace tropezar y caer muchas veces; y de tal modo, que el mismo entendimiento no lo percibe, ni aun despues de haber caido.

§. II.

De una enfermedad de nuestro Entendimiento, que es la tenacidad.

Eug. ; **Y** qual es esa enfermedad del entendimiento, que le hace tropezar tanto?

Teod. Es el ser tenaz y demasiado firme en el juicio que una vez formó. La *ligereza* y la *tenacidad* son dos extremos viciosos de que se debe guardar todo buen juicio: unas veces erramos por ligeros, otras por tenaces: la *ligereza* hace que juzguemos pre-

cipitadamente , y sin el debido exâmen : la tenacidad hace que despreciemos el exâmen, suponiendo que es cosa indubitable lo que una vez hemos llegado á juzgar ; y por persuadirnos tácitamente á que nos está mal decir que *sí* despues de haber dicho que *no*.

Silv. La verdad es que un hombre ha de tener constancia en lo que dice , y no parece bien decir hoy una cosa y mañana otra.

Teod. Si eso se hace sin causa grave , es cierto que no parece bien , porque es señal de ligereza , que siempre es defecto ; pero hacer esa mudanza con causa razonable , es docilidad , la qual es una buena prenda que hace mas estimable á qualquier entendimiento ; porque es propio del hombre sabio el mudar de opinion : lo que se debe entender quando se descubre de nuevo alguna razon mas fuerte que el antiguo fundamento. Los hombres que tienen gran concepto de sí mismos , están muy expuestos á este achaque.

Silv. Quando se juntan la autoridad de los años y de los empleos , y la opinion pública , les hallo mas disculpa , porque siempre es baxar , y no le está bien á un gran Maestro habido y tenido por oráculo el dexarse vencer en el argumento.

Teod. ¿Y parece bien que ese gran Maestro tenido y reputado por oráculo , diga públicamente un despropósito ?

Silv. Eso no.

Teod. Pues , amigo mio , una opinion falsa miéntras su falsedad estaba oculta , á nadie

causaba vergüenza. Todo hombre yerra , y los ingenios mas agudos son los que mas han errado. Pero si esa falsedad empieza á descubrirse , y me la quieren mostrar , ¿ no será un desatino el que yo cierre los ojos por no verla , tuerza el rostro , y abraçe el error antiguo , diciendo *no hay tal , no hay tal* , sin dar mas razon , ni escuchar razones ? Esos que llamais hombres grandes por no querer confesar su equivocacion , que á nadie le está mal confesarla , manifiestan públicamente tres defectos suyos : uno su error , otro su tema y tenacidad en defenderlo , y otro su ceguedad en no ver la razon que los otros le popen delante , y que acaso ya es manifiesta á los circunstantes.

Silo. ¿ Con que en contradiciendo qualquiera lo que yo digo , debo ceder al instante ?

Teod. No digo eso : todo tiene su medio.

Eug. ¿ Pues que reglas he de seguir quando alguno impugnare mi opinion ?

Teod. Yo os las enseñaré. La primera es no atajar al otro quando os quiere impugnar , que eso ademas de ser poca política y mala crianza , es causa de que no se averigüe la verdad. Porque ¿ como podré yo pensar bien el fundamento del que me impugna , si no le quiero escuchar ? Apénas percibo una palabra , quando me adelanto á sospechar lo que el otro quiere decir , y comienzo á gritar : *No , no*. En este defecto he caido yo muchas veces quando tenia mas fuego , ménos estudios y ménos prudencia. Ahora lo confieso ; y así escarmentado de

haber errado muchas veces por no atender á lo que me querian decir, he hecho esta reflexi6n. Ademas de eso *debeis atender con ánimo indiferente y no puramente político á lo que el otro habla*. El primero á quien oí hacer esta juiciosa reflexi6n, fué nuestro gran Benito de Moira (hombre de mucho mayor mérito de lo que vulgarmente se piensa). Muchos, decia él, quando disputan algun punto, miéntras yo hablo, no atienden á lo que digo, sino que están pensando en lo que han de decir en acabando yo de hablar; y como no atendieron á lo que yo dixé, salen despues con un despropósito, que no tiene conexi6n alguna con lo que yo habia dicho. Y añado que debemos oir con ánimo indiferente para poder dar á las razones del contrario el peso y valor que ellas tienen; y esto como quien entra en duda, y no solo por ceremonia. Muchos escuchan tranquilamente al parecer; pero entretanto están sonriéndose y meneando un poco la cabeza, como quien dice: *¡Pobrecito, que engañado estais!* Este es un grande impedimento para conocer el peso de las razones, que nos están exponiendo, porque miéntras no miramos derechamente á una cosa, no podemos verla bien, ni juzgar con acierto de lo que ella es en sí. Un hombre, pues, que solo por cortesía escucha, y está despreciando lo que oye, y reventando por hablar, no mira derecho á lo que le dicen, ni le da el mérito que aquellas razones tienen; y así persiste en lo que porfia, sin apartarse un

punto solo de su primera sentencia , por mas que le convenzan.

Silv. Lo cierto es que teneis razon ; pero si nos resolvemos á una condescendencia universal , va por tierra el espíritu de disputa en que los Portugueses exceden á todas las Naciones de la Europa.

Teod. Amigo Silvio , es menester que distingais espíritu de disputa , y espíritu de porfía ó de tema : el disputar es loable , el porfiar es vicio. Disputar es decir y dar razon , escuchar y responder al asunto : esto es una cosa loable y precisa para averiguar la verdad. Pero porfiar , es decir *no* , *porque no* , ó tambien dar por razon de lo que se dice la misma razon que ya se ha deshecho y dissipado. En los Portugueses hay mucho fuego , gran viveza y agilidad de ingenio , que son cosas muy ventajosas para la controversia ; pero en gran parte de ellos hay mucha terquedad ; y quanto mas porfian , mejor les parece que disputan , lo qual es error.

Eug. ¿Y de donde procede esa tenacidad ? Mostradme sus raices , si las habeis descubierto , para desarraigarlas de mí totalmente.

Teod. En primer lugar nace , como ya he dicho , de estar uosotros persuadidos á que es desdoro mudar de opinion , y dexarnos convencer de otro. Este es un error muy grande y perjudicial , y al mismo tiempo comunísimo , especialmente en los hombres que se tienen por grandes. De aquí procede el que quando emprenden qualquier disputa , llevan este propósito : yo he de salir ven-

cedor, sea como fuere: he de quedar diciendo al fin esto mismo que digo ahora al principio. Casi todos entran con esta determinacion; y siendo así, forzosamente ha de haber tenacidad; porque como yo llevo la idea de persistir en mi opinion, no tengo remedio sino decir siempre lo mismo, sea tuerco, sea derecho, y aferrarme en lo que una vez dixere, venga lo que viniere en contrario.

Eug. Pues ese es muy mal sistema.

Teod. Por tanto, Eugenio, al que entra en disputa, para evitar el defecto de la terquedad, le será muy útil usar de las máximas siguientes. Primera: *Puede ser que yo esté engañado.* Segunda: *No es desdoro mudar de opinion, quando se halla otra que se acerca mas á la verdad.* Tercera: *Debo abrazar la verdad, aunque venga de la boca de un idiota ó de un enemigo* (proposicion diez y nueve). Poned tambien este dictámen entre vuestros apuntamientos.

Eug. Ya lo iba haciendo así.

Teod. Con estas máximas es muy fácil que se dispute bien, y se conozca la verdad al fin de la disputa, sin que haya tema ni terquedad. En persuadiéndome yo de que muy fácilmente puede ser que yerre, ya miro con otra atención á lo que me dice el contrario, y puedo darle todo el valor, que merecen sus razones; mas de ordinario quando yo creo firmemente que digo bien, solo pienso en lo que he de responder, como quien dice: no se trata de lo que he de seguir, el

caso está como me he de defender de quien intenta perturbarme. No, Eugenio mio: entrad siempre en disputa con ánimo indiferente, y pronto á permanecer en vuestra primera opinion, ó á mudarla, llevando únicamente la mira de averiguar la verdad.

Silv. Aun así no quisiera yo que jamas me convenciesen en ninguna disputa.

Teod. Tampoco yo lo quiero, porque no quiero padecer error; pero si estuviere engañado, y me convenciesen, no rehusaré darme por convencido, que en eso lograré la ventaja de conocer la verdad; y si me he de llevar de la estimacion mundana, por ser dócil, entendido y sincero, gano la gloria que perdi por inadvertido. Mas gloria aun para con los sabios (que es la que en el mundo nos puede tentar con su estimacion) consiguió San Agustin con su libro de las *Retractaciones*, en que se desdice de muchas equivocaciones, que con otros muchos escritos llenos de doctrina y sembrados de agudezas de su pasmoso ingenio. Y mirando á nuestros dias, os he de contar lo que sucedió á un hombre de mucho juicio. Habia dado á su Príncipe un consejo, en el qual se descubriéron muchos inconvenientes: conociéndolos el Príncipe, se los echó en cara; y él luego que los advirtió, inmediatamente mudó de opinion, volviendo el voto á la parte contraria, y persuadiendo al Príncipe con mucha instancia que de allí en adelante nunca se fiase en su dictámen solo, principalmente en materias en que una larga ex-

perencia no pudiese ser fiadora del acierto. Agradó sumamente al Príncipe la docilidad y pronta mutacion de dictámen á vista de los inconvenientes; y ganó por esto el áulico para con él mucho mayor crédito y opinion de la que habia perdido con el poco acierto. No hay cosa tan loable como el que estando un hombre persuadido de su opinion, y oyendo de la boca de un niño una palabra tal vez dicha por acaso, se detenga á pesarla y exâminarla, haciendo (como se suele decir) anatomia de ella, y despues deponga su antigua opinion, y abrace la que aprendió de la boca del niño. Esto solamente lo hace un hombre que es verdaderamente grande, que ama sinceramente la verdad, y no se ama á sí ciegamente. Creed, amigos, que ser un hombre grande, es tener una alma superior á las pasiones; y el que es esclavo de las pasiones, especialmente del amor propio, es muy pequeño, y hace á veces un papel bastante ridiculo, porque los circunstantes, que están libres de pasion, miran á la razon del contrario y á la de él, y á veces forman bien diferente concepto del que él hace; y como le ven tan pagado de sí mismo y de su opinion, se ponen á reir, y viene á ser objeto de risa el que lo pudiera ser de alabanza, si exâminando atentamente lo que se le dice por la parte contraria, se hiciese fuerza en obsequio de la verdad, ó á lo ménos diese á conocer, que si no cedia, no era por teson, sino porque encontraba allí razon mas fuerte, mostran-

do un ánimo pronto á mudar de opinion siempre que á la otra parte conociese mayor peso que hiciese inclinar la balanza del juicio.

Silv. No puedo negar, Teodosio, que tenéis razon; solo digo que no persuadireis eso á quien estuviere como yo criado con otras máximas.

Teod. Pues me contentaré con persuadirlo á Eugenio, que aun no tiene esas máximas erradas ó falsas preocupaciones; y como su instruccion es la que me obliga á estos discursos, me daré por satisfecho con que á él le sean útiles; y como él se dexé persuadir, consigo todo lo que pretendo. Pero no avergonzándose nadie de confesar que está enfermo, y llamar al Médico, quedando muy contento si este le liberta de la enfermedad que padecia; es lástima ver que un hombre que tiene en la cabeza un error (el qual es enfermedad del alma), se corra de confesar que está enfermo, y reciba molestia de que quieran curarle. ¿No seria una cosa ridícula el que un hombre que yendo bien vestido tropezase y cayese en el lodo, no quisiese que le ayudasen á levantarse y limpiarse? La vergüenza debo tenerla de haber caido; pero despues que todo el mundo sabe que caí, no es vergüenza levantarme ni limpiarme. Lo mismo digo del error: conozco que caí, conozco que erré, debo levantarme al instante, y quedar muy agradecido á quien me dió la mano y me ayudó á purificarme de aquella mancha. Eugenio, tened mucho cuidado con esto, que es

un vicio que comprehende á todos : todos tienen este achaque en su entendimiento , y se debe tener por feliz el que estuviere libre de él , ó ménos oprimido.

Eug. No os molesteis , que bien persuadido estoy de lo que habeis dicho contra la tenacidad , y haré quanto pueda por preservarme de este vicio del entendimiento , supuesto que es tan nocivo y tan general , como decís.

Teod. Vamos ahora á tratar de otro achaque opuesto , que es la *ligereza* ó *nimia precipitacion* en el juzgar ; y somos tan miserables , que á veces padecemos estas dos enfermedades á un tiempo , siendo muy fáciles en dar la sentencia sin el debido exâmen , y tenaces en estar por ella , diciendo como Pilatos : *Quod scripsi , scripsi* , aunque erremos como él erró , y conozcamos como él nuestro yerro. El que es así , Eugenio (permitid que me explique de este modo) , tiene el entendimiento lisiado de ámbas piernas , porque coxea y cae hácia partes opuestas.

§. III.

De la precipitacion , que es otra enfermedad del Entendimiento ; y de su primera raiz , que son las pasiones.

Eug. Yo estoy persuadido , amigo Teodosio , á que entre todas las materias , que habeis tratado despues que tenemos estas con-

ferencias familiares , ninguna hay tan importante como esta.

Silv. Aun no habeis penetrado toda su importancia , porque todavía no habeis oido las reflexiones que se han de hacer sobre ella.

Teod. Eugenio , bien podeis armaros de paciencia , que yo he de explicarme á mi modo ; pero tened por cierto que no os diré una sola palabra que contemple inútil para el fin de instruiros.

Eug. Paciencia tengo , aunque para oiros no la necesito , pues recibo el mayor gusto con vuestra doctrina.

Teod. Nuestro entendimiento es velocísimo en el juzgar , y naturalmente impaciente en la detencion y suspension ; y de esta suma velocidad y grande impaciencia procede la *precipitacion* de nuestros juicios ; porque mirando al objeto , aunque en él no veamos el predicado de que se trata , si vemos qualquier indicio ó apariencia de que lo tiene , luego nos sentimos inclinados á juzgar que el tal predicado se halla en él ; de suerte , que es preciso hacer fuerza al entendimiento para suspenderle. La primera raiz de estos males , que es la mas fecunda , y comprehende á todós los hombres , son las pasiones : aquí todos tropiezan ya mas , ya ménos : quando un juicio lisongea nuestra passion , sea el que fuere , sentimos una increíble fuerza por formarlo , y qualquier indicio nos parece mucho mas fuerte de lo que es en realidad. Pongamos exemplos prácticos. Las alabanzas externas son un indicio del in-

terior concepto y estimacion que hacemos de la persona á quien alabamos , y los obsequios exteriores una señal del rendimiento del ánimo y deseo de servirle. Quando estamos sin pasion , esto es , quando miramos la cosa de la parte de afuera , sin tener interes en ella , fácilmente conocemos la falsedad de estos indicios , y que muchas veces se besan manos que se quisieran ver cortadas. Pero quando las alabanzas y obsequios se dirigen á nosotros , es menester hacer mucha fuerza al entendimiento para dexar de creer que son sinceros y nacidos de un corazon benévolo.

Silv. Quien tiene juicio , no cree esas cosas , y de todo duda , y con razon.

Teod. Yo lo concedo , si el juicio está libre y desembarazado ; pero quando las alabanzas y obsequios son con respecto á nosotros , son rarísimos los que tienen el juicio despejado y libre , y que no se sientan arrebataados á hacer concepto de que son verdaderos los afectos del ánimo que ellos indican ; y si no decidme : ¿ qual es la razon por que todos naturalmente se alegran quando los alaban , y se resienten y dan por ofendidos quando se les impugna , ó se les niegan las alabanzas que en su aprehension se les deben ? Apenas se cuenta de uno ú otro hombre grande que sepa despreciar las alabanzas.

Eug. No ha muchos dias que hallé en un libro un suceso , que comprueba vuestro pensamiento. Quiso un eloqüente Orador recitar en presencia de cierto Emperador del

Oriente (no me acuerdo del nombre) una oracion, que en alabanza suya habia compuesto con delicadeza de estilo y buen gusto de eloqüencia; pero el Emperador no se lo consintió, diciendo: *Haced ántes el panegírico de los Capitanes antiguos, á fin de que sus hazañas nos sirvan de exemplo: que elogiar á un hombre vivo, es hacer burla de él, mayormente si es Príncipe, porque no tanto es alabarle, porque haya obrado bien, quanto lisongearle para conseguir algun premio. Por lo que á mí toca, os digo, que mientras viva quiero ser amado, y alabado solamente despues de muerto.*

Teod. ¿Y podreis contarme muchos casos de esos? Cada qual, Silvio, ve claramente que los otros se dexan miserablemente engañar de los elogios y obsequios; pero si estos se dirigen á nosotros ó á personas que amamos mucho, en fin si hay pasion, luego creemos que entre las muchas falsas alabanzas aquellas son sinceras.

Silv. Á decir verdad, eso es así.

Teod. ¿Quereis ver otro principio generalísimo de la precipitacion de nuestro juicio, originada de la pasion? Pues reparad en la variedad que hay de opiniones sobre qualquier materia que no sea de las notorias y evidentes; y observareis, que quando hay controversia, siempre ó casi siempre juzga cada uno pertinazmente á favor suyo; de suerte, que naciendo la diversidad de opiniones en parte de la limitacion de nuestro juicio, y en parte de la obscuridad de la

materia, parece que tan fácil sería el que yo juzgase á mi favor, como contra mí; pues el que una opinion sea ó dexé de ser favorable á mis intereses, nada hace para que sea verdadera ó falsa. Pero con dificultad se hallará que disputando dos personas entre sí, tenga cada uno por verdadera la opinion que le es ménos favorable.

Silv. Yo á lo ménos nunca ví tal cosa.

Teod. De aquí, pues, se infiere que la passion propia de cada uno nos hace precipitar la sentencia de nuestro entendimiento, impeliéndonos á dar por cierto é infalible qualquier indicio de la verdad que deseamos. De hoy en adelante id, Eugenio, reparando en lo que encontrareis, y hallareis mas y mas confirmaciones de lo que digo.

Eug. En este poco tiempo he hecho ya reflexion sobre lo que freqüentemente me ha sucedido, y hallo que teneis mucha razon.

Teod. Ahora conviene sacar por consecuencia dos máximas ó dictámenes prácticos y precisos para juzgar con acierto en qualquier materia. Primero: *Todas las veces que el juicio que formamos es conforme á nuestra passion ó interes, debemos prudentemente dudar de él, á lo ménos en parte* (proposicion veinte). Segundo: *Siempre que el juicio que formamos es contrario á nuestra passion ó interes, debemos prudentemente darlo por verdadero* (proposicion veinte y una). Haced allá vuestro apuntamiento. Pongamos exemplos, y demos razon de estos dictámenes ó máximas. Miro yo á la

accion de un hombre , y la gradúo de muy diferente mérito : si fuere amigo mio íntimo , debo prudentemente creer que el mérito no es tanto como se me representa , por la rebaxa y descuento que se debe hacer á causa de la pasion. Daré la razon de esto en un símil con que voy á explicarme. El que va corriendo por una cuesta abaxo con gran velocidad , si al acabarla quiere parar , no puede ; y con el ímpetu que cogió , pasa mas allá del término que se habia propuesto. Pues así es el entendimiento : quando da algun paso hácia donde llevaba su inclinacion y propension , como el alma tiene pasion á una parte , y el entendimiento camina hácia allí mismo , no va sosegadamente , sino con ímpetu , propension y fuerza , y en esos casos si no se reprime , siempre pasa mas allá del término justo donde queria parar ; y por eso conviene volver atras un poco , y descontar ya mas , ya ménos conforme á la fuerza de la pasion , y á la facilidad con que se formó el juicio ; pues de aquí es de donde nace la precipitacion. Por el contrario , quando andamos la cuesta hácia arriba y violentos , nunca pasamos del término que queremos ; ántes de ordinario descaecemos , y nos quedamos mas abaxo de lo que pretendíamos , faltándonos algo para tocar en el punto justo ; y de este mismo modo sucede al entendimiento quando va arrebatado á formar juicio y dar sentencia contraria á los intereses y pasiones : aquí poco riesgo hay de precipitacion , y por lo comun la pasion que

impele hácia la parte contraria , hace que el entendimiento no toque en el punto determinado de la verdad pura.

Eug. Por eso las alabanzas de la boca de los enemigos son las mas apreciables , porque se suponen arrancadas á fuerza de mérito , y mérito tan grande , que no se puede ocultar ni negar.

Teod. Saquemos ahora por consecuencia otra máxima , y demos otro paso. ¿ Debemos siempre hacer rebaxa en los juicios que formamos conformes á nuestra pasion ? *En los juicios que formamos de nosotros mismos , siempre debemos hacer un gran descuento* (proposicion veinte y dos). Este dictámen es importantísimo , y se prueba por el antecedente , porque si toda pasion favorable al juicio le hace exceder ó propasarse , la pasion del amor propio , que es fortísima y general en todos , necesariamente nos ha de hacer errar por exceso en los juicios que hacemos á nuestro favor. Dixe que esta pasion es general , porque aun los que se juzgan exêntos , están presos de ella ; y tanto mas miserablemente presos , quanto mas libres se imaginan de esta prision , porque están mas ciegos (no hablo yo de aquellos en quienes una continua meditacion , estudio sobre sí mismos y la gracia poderosa del Espíritu Santo ha hecho que se extinguiesen los defectos de la naturaleza). Uno de los hombres que mas exêntos se juzgaban de esta flaqueza , era Ciceron ; pues escribiendo á Caton , decia , que si en el mundo habia

algun hombre remoto de alabanzas vanas y del vulgo , no solo por genio , sino tambien por reflexi6n y estudio , era el ; y no obstante sabemos que tenia una pasion vehementísima de amor propio , que le cegaba. Él mismo cuenta ¹ un caso muy gracioso que le aconteció , el qual prueba bien esto. Venia de Sicilia , en cuyo gobierno se habia portado con mucha justificacion y acierto , é imaginaba que en toda la Italia no se hablaría de otra cosa : ved aquí el primer error nacido de amor propio. Llegó á Puzol , y un conocido suyo le pidió noticias de Roma , preguntándole si habia mucho tiempo que habia salido de allá. Ya esto causó grande extrañeza á Ciceron , el qual le dixo que no venia de Roma , sino de su gobierno. Ah! ya sé (respondió el otro) no me acordaba de que venis de Africa. Aquí se aumentó la admiracion de Ciceron , y respondió lleno de cólera : ¿ Que Africa? yo vengo de Sicilia. Otro sugeto , que por casualidad se halló presente , y se suponía mas bien informado , acudió diciendo : ¿ Pues que , no sabeis que Ciceron estuvo gobernando en Siracusa? Y aunque Siracusa era en Sicilia , no habia sido en aquella parte de la isla el gobierno de Ciceron. Él lleno de admiracion y confuso,

¹ Lib. 15. epist. 4. ad Catonem : *Si quisnam fuit unquam remotus , et natura , et magis etiam , ut mihi quidem sentire videor , ratione , atque doctrina ab inani laude , et sermonibus vulgi , ego profecto ipse sum.*

se retiró bien avergonzado de lo que acababa de sucederle.

Silv. No le podían dar mejor receta para curarle de la vanidad é hinchazon de ánimo que traía.

Teod. Pues no bastó este remedio tan fuerte para curar su enfermedad: era muy antigua, y tenía (como suele suceder á los hombres grandes) raíces muy profundas. Escribiendo á Luceyo ¹, le pide, que quando en la historia que componia llegase á su gobierno no se atase escrupulosamente á las leyes de la verdad y de la historia, sino que diese alguna cosa á la amistad, y que adornase esa parte aun mas de lo que sentia; y que le pedia esto encarecidamente.

Eug. ¡Que cosa tan fea!

Teod. Ahí vereis lo fuerte que es esta passion; pues aun á los hombres de buen juicio, y que se precian de no tenerla, arrastra y obliga á hacer acciones bien contrarias á su intento. Ved ahora que rebaxa debe hacer un hombre en el juicio favorable que forma de sí.

Silv. Pocos dias ha que oí yo á un Predicador famoso, el qual hablándose despues en su presencia con grande elogio de sus sermones, dixo una cosa, que hace mucho al caso. Mirad, decia él, el que no quisiere

¹ Lib. 5. epist. 12. *Itaque te planè etiam, atque etiam rogo, ut exornes ea vehementius etiam quam fortasse sentis, et in eo leges historiae negligas..... amonique nostro plusculum etiam, quam concedit veritas, largiaris.*

engañarse con las alabanzas de los amigos, debe hacer en ellas el descuento que se hace en los microscopios. El microscopio suele constar de tres vidrios, que median entre el objeto y los ojos. Cada uno de por sí aumenta mucho el tamaño del objeto, y quando llega á los ojos, se persuaden ellos que una pulga es una monstruosa langosta: así somos nosotros con las alabanzas de los amigos: la verdad pura ántes de llegar á nuestro entendimiento, pasa por tres vidrios que la aumentan engañosamente: el primero es el juicio de mi amigo, á quien mis cosas parecen mejores de lo que en realidad son, porque es amigo, y tiene pasion por mí; y ya aquí va un engaño. El segundo vidrio es la lengua, porque quando un amigo mio me alaba, de ordinario dice un poquito mas de lo que siente: y ya se le escapa una palabra de lisonja y cumplimiento, y tenemos segundo engaño. El tercer vidrio es mi juicio, que en fuerza del amor propio, á las palabras del amigo añade alguna cosa, y aun mi idea encarece su elogio mas de lo que él dice, apoyándose con mas fuerza en las palabras que mas me lisonjean y ensalzan. Con que, amigos mios, del concepto que forma de sí un hombre guiado de las alabanzas de los amigos, á la verdad pura hay tanta distancia, como de la representacion del microscopio al verdadero grandor del objeto.

Eug. Ese era Filósofo moderno, mi amigo Silvio: mirad quanto sirve tener noticia

de los microscopios, á los quales vos llamais vidrios de extrangeros para engañar al vulgo.

Silv. Yo acá me gobierno sin eso; mas volviendo al asunto, lo cierto es que es muy preciso tener un amigo ingenuo.

Teod. No basta eso: es indispensable un extraño ó un enemigo para poder fiarnos en su voto; porque el de los amigos es sospechoso, y mucho mas el propio nuestro. Ahora, pues, lo que digo de los juicios hechos á nuestro favor ó al de nuestros amigos, lo digo por la misma razon de los que formamos de nuestros contrarios ó enemigos. Nunca sus defectos serán en realidad tan feos, como se me representan, porque mi pasion tambien en eso me ha de engañar. Esta proposicion es una verdad importantísima y certísima. Tenedla por primer principio en su género.

Eug. Yo creo que de eso procede el que nos parezca bien una misma accion si es de amigo nuestro, y á sus enemigos les parezca muy mal.

Teod. Á la accion mas santa y loable si cae en las manos de un enemigo, puede este darle tales vueltas y tal postura, que aun sin faltar á la substancia de la verdad, ella quede bien fea. Pero no nos detengamos demasiado en esto: vamos á otras raices de la precipitacion y del error en nuestros juicios.

§. I V.

Del segundo origen de la precipitacion del juicio , que es la costumbre.

Eug. **L**a detencion en esta materia creo yo que no será inútil; ántes servirá para evitar muchos errores.

Teod. No faltaré á lo preciso. La segunda fuente , pues , ú origen de la *precipitacion* que tenemos en juzgar , es la *costumbre*; de manera , que fácilmente forma cada uno el juicio que muchas veces ha hecho , y el entendimiento con mucha dificultad se para en el camino que anduvo muchas veces. De aquí nace que sin considerar bien lo que dice , da sentencia y forma su juicio , el qual frecüentemente sale errado. Eugenio , el que yo haya dicho mil veces que una cosa es así , no hace que ella lo sea en realidad ; y aunque yo porfie y lo diga diez millones de veces , ni por eso será mas verdad que si nunca lo hubiese dicho. Confieso que á veces me muevo á impaciencia quando en una disputa , queriendo el otro darme razon de la opinion que defiende , me dice : *Siempre lo he entendido así.*

Silv. Esa no es razon ; porque de ahí se sigue que siempre lo entendió mal.

Eug. He oido dar aquella razon á hombres de mediana capacidad ; pero ahora conozco que es una respuesta poco sólida.

Teod. Es menester poner algunos exemplos

de esto mismo. Vosotros dos siempre habeis estado en que el fuego era ligero, y que por su naturaleza subia hácia arriba, así como la piedra baxa á lo profundo; y sin embargo ya sabeis ahora que en esto siempre habeis estado engañados; pues de suyo es cuerpo pesado, segun hemos dicho en su lugar ¹. Ambos habeis creído siempre que este ayre en que vivimos no era cuerpo pesado, ni vivíamos oprimidos por él, y no obstante ya me habeis confesado que siempre errasteis en eso ². Ambos habeis tenido desde la infancia á la Luna y los Planetas por unos astros que brillaban y resplandecian con luz propia; y con todo eso vosotros mismos os habeis visto precisados á confesar que de suyo no tienen mas luz que una piedra ó pared ³. Á cada paso estamos conociendo errores en que nunca habíamos reparado: ¿y que otra cosa es esto si no una leccion que nos da Dios de que no hay que fiar en nuestro entendimiento por haber seguido siempre una opinion, ó formado un juicio, aunque eso fuese sin haber caído jamas en duda? Continuamente encontramos hombres tenacísimos y persuadidos de errores muy palpables; y la razon que les hace tener esa tenacidad, es haber siempre seguido ese juicio, el qual les parece imposible que sea errado, y que ellos nunca hayan advertido el yerro.

¹ *Recreacion filosófica*, tom. III.

² *Ibid.*

³ Tom. VI.

Silv. La verdad es que eso hace su fuerza al entendimiento. Pero creer yo que mil veces miré á un objeto, y que todas las mil veces me engañé con él, eso es muy dificultoso de creer.

Teod. Pues por mas dificultad que os haya costado creerlo, al fin no lo habeis podido negar en muchas cosas.

Silv. Así es.

Teod. Y ahora despues de haber visto prácticamente que teniendo estudios, perspicacia natural y buena aplicacion, aun así mirando á un objeto diez mil veces, diez mil veces os engañasteis, ya no se os hará tan difícil de creer esto mismo en otros casos.

Silv. Por cierto que no; pues no hay cosa que mas nos persuada que tenemos falta de vista, que hallarnos engañados por los ojos en muchos casos, y yo comparo los engaños de nuestro entendimiento á los de los ojos.

Teod. La razon de esto es porque mirar mil veces á un objeto sin reflexion ni curiosidad en exâminarlo, es lo mismo que mirar una sola vez y de paso: por eso no nos debemos maravillar de que habiendo mirado mil veces, nunca viésemos ese engaño que nos hacen conocer al fin de la vida. Pero si nosotros mirásemos muchas veces, y siempre con la duda de si nos engañábamos, y exâminásemos el objeto por diferentes lados, como fixando bien la vista del entendimiento, entónces no seria muy fácil el que nos engañásemos todas esas veces, aunque

absolutamente bien podría ser, no teniendo el entendimiento el auxilio preciso. De aquí viene que un rústico por mas que dude si el ayre pesa, ó si el fuego es ligero, en quanto no le socorren con alguna explicacion ó doctrina, siempre estará juzgando y creyendo que ninguno de esos cuerpos es pesado. Por lo qual conviene tener cuidado con este dictámen práctico. *No debemos dar por cierta una cosa fundados en que siempre la tuvimos por verdadera: es menester exáminarla de propósito* (proposicion veinte y tres).

Eug. Estad seguro de que procederé con cautela de aquí adelante.



TARDE XL.

De otras enfermedades del Entendimiento que le vienen de afuera : donde se trata del Arte Crítica.

§. I.

De las preocupaciones que nacen de los Sentidos.

Teod. Venid, Silvio, que hoy habeis de impacientaros mucho ; porque no solamente tomo el oficio de Médico, sino tambien el de Cirujano, y tengo que hacer varias anatomías é incisiones que os podrán doler, por tocaros tal vez en partes muy sensibles y delicadas.

Silv. Ya estoy bastante acostumbrado á eso : pero ¿ que anatomías son las que decis ? Dexémonos de metáforas, ¿ Que materia teneis hoy preparada para la conversacion ?

Teod. Descubrir el origen de las enfermedades que vienen de afuera á nuestro entendimiento ; cuyas raices principalmente son dos : una que está en nuestro cuerpo, otra fuera de él. Las enfermedades que ayer examinamos, son propias de nuestra mente, la qual yerra y cae unas veces por tenaz y

otras por ligera y precipitada á impulsos de las pasiones de cada uno. Hoy trataremos de aquellos achaques que nacen, no del entendimiento, sino del cuerpo, esto es, de los propios sentidos; y tambien de las enfermedades que tienen su origen en los otros hombres. Y en quanto á los propios sentidos, ellos son los que mas nos engañan y hacen creer mil falsedades, y con gran firmeza, que es lo peor.

Eug. Yo estoy asombrado, y no sé de quien fiarme; pues hasta mis propios ojos decís que me engañan, y que me engañan mucho.

Silv. No dudeis, Eugenio, de lo que Teodosio os dice, porque es cierto que muchas veces no reparamos bien en las mismas cosas que nos parece que vemos y oímos: otras veces estamos muy distantes, y no alcanza allá nuestra vista, y fácilmente nos parece que es hombre lo que en realidad es un bruto que anda paciendo por los campos. En aquello que nos persuaden nuestros ojos estando sanos y á proporcionada distancia, y haciendo nosotros reflexion, en eso no puede haber engaño; pero en lo que vemos precipitadamente y con poca consideracion, ó quando los sentidos están indispuestos, en eso sí que lo puede haber. Vos teneis un criado, que quando yo le curaba de la ictericia, me decia, que todo quanto veia le parecia amarillo. Ved aquí un caso en que los propios ojos siempre mienten.

Teod. No solamente en esos casos suelen

nuestros sentidos engañarnos. Á veces por mas reflexiones que hagamos , aun estando los sentidos sanos y en toda su perfeccion natural , si la advertencia agena no nos hace suspender el juicio , caemos miserablemente en errores. Probaré lo que digo con exemplos. Mirad al cielo en una noche clara , reparad bien , y vereis que el cielo parece azul , y que tiene figura de bóveda , y todo eso es engaño , como ya os lo hice manifesto ¹. Vereis que la Luna es brillante , y mas luminosa que las estrellas : que es mayor que ellas , y poco menor que el Sol ; y ya visteis que todo era engaño ². Vereis que Vénus es redondo ó de figura de estrella ; y es engaño , porque tiene la misma figura que la Luna ³. Vereis que en las conjunciones es mucho mayor , y se aumenta su luz ; y es engaño , pues entónces está mas menguado , y semejante á la Luna en el tercer dia despues de nueva , como ya os mostré evidentemente ⁴.

Eug. Así es , bien me acuerdo ; y tambien de la razon por que eso era , y debia ser así.

Teod. Todavía mas : ¿ Quien , á gobernarse por los sentidos , no creerá que el Sol es mucho mayor que qualquier estrella ? siendo esto absolutamente incierto ; y muy fácil que *Sirio* , ó el que llaman *Can mayor* , ex-

¹ *Recreacion filosófica* , tom. VI.

² *Ibidem.*

³ *Ibidem.*

⁴ *Ibid.*

ceda al Sol en tamaño. ¿ Quien si da crédito á sus ojos, no se persuadirá á que el Sol, la Luna y las estrellas están engastadas en esa bóveda azul, que nos cubre por todas partes? y sin embargo es un engaño muy grande.

Silv. Ahí nace el engaño de la enormísima distancia á que están esos objetos.

Teod. ¿ Y quien me determinará qual es la distancia cierta, á la qual si estuviere el objeto, pueda yo fiarme de mis ojos? Para un espíritu escrupuloso siempre está en pie esta duda. Pero pasemos adelante. Bien cerca de mí está qualquier vidrio pulido, y lo veo muy bien, y lo palpo para que el sentido del tacto confirme el de la vista, y juzgo que es muy liso; y con todo eso es engaño, pues las moscas y otros insectos hallan en él muchas prominencias y concavidades donde se agarran y prenden, teniendo los pies hácia arriba sin caerse; y fuera de eso sé de cierto, que los polvos con que se pule el vidrio, forzosamente han de hacer y dexar en él infinitos sulcos. Luego ya puedo engañarme en lo que veo con mis ojos, y palpo con mis manos, aun estando los sentidos sanos y perfectos, y los objetos cerca de mí. Mas: bien cerca de mí están los granos de la arena; y veo que son redondos, y es engaño, como lo manifiesta el microscopio: bien cerca de mí están vuestras manos, que me parecen muy lisas; y si se miran con qualquier lente convexâ, poniéndolas en su foco, se ven mas ásperas y toscas que las del mas rústico cavador.

Silv. Ya me habeis dado que reír una tarde con eso.

Teod. Bien cerca tengo yo aquel vaso de agua llovediza, la qual veis que está clarísima, y que no tiene nada; y Eugenio vió conmigo esta mañana en ella mas de diez mil gusanillos nadando, que los observamos con el microscopio. Bien cerca estamos de las embarcaciones ancladas quando nos paseamos por el rio arriba en el esquife; y quando él va á la vela y seguido, nadie, si diere crédito á los ojos, dudará que los navíos desarmados corren hácia abaxo, siendo eso en realidad engaño é imposible, pues nosotros somos los que vamos hácia arriba. En fin siguiendo el sistema Copernicano (que en el dia todos confiesan ser posible, y no tener nada contra la experiencia, como ya os mostré), ¿quien dexaria de persuadirse á que el Sol se movia, y la Tierra estaba quieta? y todo eso en dicho sistema es falso; pues la Tierra es la que se mueve como un gran navío, sin que lo perciban los que desde su nacimiento siempre navegáron en él. No digo yo que suceda así, que ahora no trato de ese punto, solo digo que si fuera así, como todos hoy convienen en que puede ser, todos, fiándose de los ojos, y hallándolos conformes unos con otros, y viendo que la experiencia de todos los demas hombres confirmaba la suya, creerian que la Tierra estaba quieta; y con todo eso todos se engañarian.

Eug. Bien aviados estamos: ¿y quien se-

rá capaz de librarse de tantos engaños?

Teod. De los otros sentidos aun con mas razon podemos desconfiar; porque los ojos son los que suelen tener mas crédito: ¿que engaños no recibimos por los oidos? ¿quantos á cada paso se engañan con el *eco*!

Eug. A los hombres con los ecos les sucede lo que á los monos con los espejos, los quales se persuaden á que el objeto les quadra á aquella parte de donde les viene el sonido, ó los rayos de la vision.

Teod. Ahí teneis otro argumento mas del engaño de los ojos. Pues de este modo es como podemos exâminar la persuasion de los ojos, los quales en los monos no son mas defectuosos que en nosotros; y si ellos se engañan mas, es porque en nosotros la razon y experiencia nos desengañan; pero en quanto á la persuasion de los ojos, en los monos y en nosotros la razon es la misma, y seria igual el engaño que nos causarían, si la experiencia y la razon no nos preservasen ó hiciesen cautos.

Eug. Pasmado estoy de tanta falsedad en lo que mas crédito me llevaba hasta aquí.

Teod. Vamos á los demas sentidos. El olfato; quanto no nos engaña, siendo un mismo cuerpo para uno oloroso, y para otro fétido! Lo mismo es del gusto: muchas veces tiene un hombre por suave y bueno un manjar, que otro juzga muy desabrido. Todos hallan faltas en los guisados; pero de los mismos sentidos nacen esos diversos efectos, y se engaña quien los atribuye á los obje-

tos. Vamos al tacto , que es en el que muchos se fían mas.

Silv. Por lo ménos Santo Thomas á él apelaba en sus dudas , pretendiendo ver y palpar.

Teod. Pues tambien el tacto nos engaña diez mil veces. Si teniendo la mano fria la meteís en agua tibia , juzgareís que está caliente ; y si meteís la mano mas abaxo , de suerte que entre el brazo en el agua , ciertamente os parecerá fria.

Eug. Esa es la quimera que yo tenia algun dia con mis criados quando me preparaban el agua para el baño : ellos la probaban con la mano , y protestaban que estaba caliente ; iba yo á entrarme , y siempre la hallaba fria , y me estremecia todo.

Teod. ¿Y no atinaís con la causa ?

Eug. Ya me la explicasteís en otra ocasion , diciendo , que como la piel del brazo está siempre defendida con el vestido , conserva mayor calor que el del agua tibia , y por eso ha de hallarla fria ; y como la mano de ese brazo , porque anda expuesta al ayre , suele estar fria , y mas fria que el agua tibia , por eso forzosamente la ha de hallar caliente ; y aquí está el origen del engaño.

Teod. Id ahora , Silvio , y fíaos de vuestro tacto , y decidme si creereís que el agua está fria y caliente á un mismo tiempo ; ó decidme qual de los dos tactos miente , el de vuestra mano , ó el de vuestro brazo. Qualquiera de ellos que mienta , nos prueba lo que vamos diciendo. Por lo qual , Eu-

genio , tomad este importante dictámen : *Debemos hacer gran reflexión , para no engañarnos con nuestros sentidos , aun estando ellos sanos , bien dispuestos , y á distancia competente* (proposicion veinte y quatro). Donde se ve que no apruebo la regla general que da Fortunato de Brixia en su *Arte Crítica* ¹ ; y el gran Vernei ² y otros : *Que todo quanto los sentidos sanos y bien dispuestos uniformemente nos persuaden , es verdad* ; porque se falsifica con los exemplos que dexo alegados , donde no hay milagro alguno , ni cosa que invierta las leyes de la naturaleza. Y hablando absolutamente , aun es mas falsa , mirando á lo que sucede en el misterio de la Sagrada Eucaristía , porque todos los sentidos sanos y bien dispuestos uniformemente nos persuaden que allí hay pan y vino ; y nos engañan , pues la Fe nos enseña que no hay allí pan ni vino , sino el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesuchristo.

Silv. Pues si eso es así , ¿ por que me habeis quebrado tantas veces la cabeza con vuestras experiencias , que todas no tienen mas fiador que el testimonio de los sentidos ?

¹ Número. 338.

² *In Logic. pag. mihi 200.*

§. II.

De los engaños que las experiencias de la Física pueden ocasionar.

Teod. Viene á tiempo la réplica, y me alegro de ella para daros la respuesta. No todas las experiencias físicas merecen crédito, y mucho ménos tienen aquella seguridad que el entendimiento quando está deseoso de la verdad, debe procurar en sus juicios. Voy á contaros una historia, que os ha de excitar la risa; pero es verdadera. Cierta Filosofo (uno de los grandes hombres entre los Peripatéticos) entró en la duda de si los cuerpos de diversa gravedad específica caian con igual velocidad; y para salir de ella, fué á tentar la experiencia. La resolucion era de alabar; pero ved el grande aparato y exâctitud de la experiencia. Toma los primeros cuerpos que encuentra á mano, que eran una pluma y una corteza de pan: llégase á la ventana, que no era muy alta; suéltalo todo á un tiempo, y ve (dice él) que todo llega al suelo tambien á un tiempo: y sin mas exâmen se retira adentro, siéntase en la silla, y escribe como teorema matemáticamente demostrado, que todos los cuerpos, aunque fuesen de muy diferente gravedad específica, baxaban con igual velocidad. Ahora bien, supongo que os acordais de las experiencias que visteis en contrario, y que conoceis que esto en el dia es una como herregía en materia física.

Eug. Bien me acuerdo de que quedé sentado entre nosotros lo contrario, y que se comprueba con una experiencia bastante exacta.

Silv. Y tenemos experiencia contra experiencia.

Teod. Eso no puede ser; porque la verdad no es mas que una. Silvio, para que las experiencias no nos engañen, conviene que concurren en ellas quatro circunstancias, la primera de la *persona*, la segunda del *modo*, la tercera del *tiempo*, y la quarta de la *intencion* con que se hacen: por qualquiera de estos capítulos nos puede venir error, y quedar autorizado con las experiencias. En quanto á la primera circunstancia: *La experiencia debe hacerse por persona inteligente en la materia*: las personas que no lo fueren, no pueden reparar y precaver mil caminos por donde puede entrar el engaño. Un hombre ignorante, ó aunque sea muy instruido en otras materias, novicio en esto y sin práctica, reflexión, ni estudio, ¿que casta de experiencia podrá hacer, sino tuviere mucha cautela y advertencia? Además de eso: *Debemos en la experiencia usar de instrumentos exactos y no genéricos é improprios*, porque muchas veces de los mismos instrumentos proviene el engaño. ¿Quantos errores no hemos tenido en la Geografía, que se han emendado y se van corrigiendo cada dia, los quales por la mayor parte nacióron de que los instrumentos no eran en otros tiempos tan exactos como ahora son? **La tercera circuns-**

tancia es del tiempo , porque *la experiencia física , para que podamos fiarnos en ella , debe ser hecha despacio , y repetida muchas veces* : una vez sola podia ser casualidad ; pero siendo la experiencia repetida muchas veces , y sucediendo siempre un mismo efecto , mayormente si la hacen diversos hombres inteligentes , y siempre con la debida atencion y cautela , ya entónces esto da gran fundamento para tenerla por verdadera.

Silv. Todo podrá ser así ; pero la intencion , que es la última circunstancia que pedis , esa la reputo por excusada : sea mi intencion la que fuere , siempre la experiencia ha de mostrar la verdad.

Teod. Estais engañado , porque la intencion ofusca mucho , y hace ver lo que no hay : es gran desventaja el ir yo á buscar experiencias para probar lo que quiero que ellas acrediten , porque ya el juicio no entra libre ; y segun el adagio *pensaba el ciego que veia , y pensaba lo que queria* , nada hay mas fácil de ser engañado que nuestro entendimiento quando ya está propenso á creer una cosa : quien ya va á caer , con el mas leve impulso se precipita. Por eso algunos hombres ingeniosos cayéron en errores extravagantes , como el de decir que en el cielo se podian leer los decretos de la fortuna , usando de los caracteres de las estrellas ¹ , y les parecia que

¹ Véase á Orígenes , Plotino , Reuclino , Pico Mirandulano , Enrique Cornelio Agripa , Blas Vignerio y Atanasio Kirker.

lesan allá arriba todos quantos hechos la imaginacion queria pintarles. Pero dexemos esta extravagancia, y vamos á las hipótesis de que se vió lleno el mundo en el siglo pasado. Todas quantas hipótesis se establecian, hallaban apoyo en las experiencias físicas: vino el grande Newton, y manifestó que todo era falso; y el error estaba en que la preocupacion de tal suerte hacia ver y aplicar las experiencias, que probaban lo que cada uno queria. Ved aquí, pues, como de dos modos nos puede engañar la *opinion anticipada*: el uno porque no dexa el juicio libre para ver bien lo que sucede, examinando como debe ser todas las circunstancias á ver si se engaña: el otro porque se infiere lo que no se debe inferir; de suerte, que por lo comun el experimento es verdadero; pero la consecuencia, que de él sacamos, no es bien sacada.

Eug. Ponedme algunos exemplos, que estoy en esa posesion.

Teod. Hizo cierto Filósofo ó Chímico * una experiencia en que determinada mezcla de limadura de hierro con azufre metida debajo de la tierra, al cabo de cierto tiempo se inflamaba, y la hacia temblar: hasta aquí es verdad. Infieren de aquí muchos: luego todas las veces que la tierra tiembla, procede el temblor de semejantes minerales que se mezclan; y esta consecuencia no es buena, porque otras muchas cosas pueden con-

currir para hacer temblar la tierra. Pongamos otro exemplo, que aclarará el asunto. Tiene un Peripatético creído este punto (que es casi dogma en sus escuelas), *que la naturaleza tiene horror al vacío*, y hace quatro experiencias sobre la subida del agua en la xeringa y en la bomba, &c. y sin la menor duda cree que realmente hay en el mundo este horror del vacío, y que las experiencias quotidianas lo comprueban. En las experiencias no hay duda; pero el error está en la consecuencia que se saca de ellas: debiéndose atribuir, como ya os mostré, al peso del ayre, eso que se atribuía al imaginario horror del vacío. Las experiencias físicas, amigo Eugenio, prueban bien una proposicion quando aquellos efectos no pueden proceder de otra cosa sino de la que se apunta, lo qual se conoce fácilmente quando con madurez se atiende á todas las circunstancias con que se hacen las experiencias.

Silv. Á la verdad confieso que todas esas reflexiones han de ser de suma importancia para la práctica; pero las hallo algo impertinentes. El que se ponga á seguir todos esos dictámenes, muy poco andará hácia adelante, teniendo que suspenderse á cada paso.

Teod. Para no tropezar y caer, siempre fué consejo prudente y preciso caminar despacio, y mirando con reflexion hácia todos lados. Yo no enseñé á Eugenio á correr en el camino de las ciencias, lo que quiero enseñarle es á no tropezar: este es mi intento.

Eug. Eso es lo que yo deseo: reducidme.

pues, todo eso á alguna máxima que conserve en la memoria, para aprovecharme de ella á su tiempo en las experiencias físicas.

Teod. Pues observareis este dictámen: *Las experiencias físicas para merecer crédito, deben ser hechas por personas inteligentes, con instrumentos propios y ánimo desinteresado; y además deben ser repetidas* (proposición veinte y cinco). De todas las cláusulas de este dictámen os dí ya razon. Si lo despreciáreis, muchas veces el error os engañará, viniendo cubierto y autorizado con la hermosa capa de las experiencias físicas, como ha sucedido á muchos, cuyo entendimiento padece el achaque de *creer de ligero*; y en oyendo el nombre de experiencia física, al instante baxan la cabeza, y se someten, creyendo quanto se les dice como cosa indubitable. Este es achaque, Eugenio mio: usad, pues, de este remedio para preservaros de él.

Eug. Como nada aprecio mas que la verdad, haré lo posible por resguardarme de esas enfermedades del entendimiento, que hacen trocar la verdad por el error.

§. III.

De otro achaque del Entendimiento, que es creer en qualquier autoridad; y primeramente de la autoridad del vulgo.

Teod. **C**urada ó precavida esta enfermedad del entendimiento, es menester librar-

le de otra no ménos dañosa , que es la nimia deferencia á qualquier autoridad.

Silv. Los sujetos de índole dócil y sincera son los mas propensos á este achaque.

Teod. Por eso conviene prevenir á Eugenio ; y llevando la materia metódicamente, debemos establecer dos principios , de los quales se deriva como consecuencia todo lo que en esta materia he de decir : como la autoridad de qualquier persona se funda en que ni esa persona esté engañada en sí , ni nos quiera engañar á nosotros , debemos establecer estas dos máximas fundamentales.

1.^a *No merece crédito el dicho de persona alguna quando dudamos si quien lo dixo se engañó* (proposicion veinte y seis).

2.^a *No merece crédito el dicho de persona alguna quando dudamos si esa persona nos quiso engañar* (proposicion veinte y siete).

La razon es bien manifiesta ; pues sea que la persona se engañe á sí , sea que me quiera engañar á mí , ya es falso lo que me dice ; y por consiguiente dudando yo de qualquiera de estas cosas , queda dudosa la verdad.

Eug. Estoy en eso , y en eso creo , que todo el mundo está y estuvo siempre.

Teod. Puesto esto , vamos á exâminar una por una las autoridades que suelen hacernos caer en muchos errores ; y en primer lugar venga la del vulgo. Es increíble la fuerza que esta autoridad tiene sobre la gente no cultivada con los estudios.

Silv. Valense del proloquio: *Vox populi vox Dei.*

Teod. Algunos truecan ese proloquio, y dicen: *Vox populi vox diaboli*; pero lo cierto es que ni uno ni otro es verdadero generalmente. Quando todos los de diversas gerarquias, genios y profesiones, &c. concuerdan siempre en decir una misma cosa, regularmente hablando, parece difícil que yerren: por eso dicen unos que esa voz es voz de Dios. Sin embargo, como el pueblo se compone de gente ignorante, tumultuaria y sin prudencia, muchas veces se ve que corre ciegamente tras lo que una vez aprehendió verdadero, y desbarra torpemente: por eso dicen otros que la voz del pueblo es voz del diablo. Las circunstancias son las que nos deben hacer digna ó de atencion ó de desprecio la voz del pueblo. De ordinario la autoridad del vulgo es una de las mas fecundas raices de los errores que traemos desde la niñez. ¿Quanto no cuesta arrancar del ánimo de un hombre la idea que tiene del *hado*, de la *desgracia*, del *signo*, y de aquel tan celebrado *habia de ser*? Todas estas son unas ideas de errores generales y perniciosísimas, que tenemos en el ánimo únicamente fundadas en la autoridad del vulgo. Siempre oímos hablar de *signo*, de *hado*, de *desgracia*, &c. y creemos firmemente que hay hado y signo, y que por eso cree el vulgo que unos hombres son inesperadamente felices, otros sin remedio desgraciados.

Eug. ¿Pues que, negais vos que hay signo en el mundo?

Teod. ¿Veis, Silvio, como Eugenio estaba persuadido de este engaño comun desde su infancia? Eugenio, no hay *signo*, ni *hado*, ni *desgracia*: todo eso son palabras vanas é ideas fingidas y de paganos; lo que hay es solamente la *Providencia de Dios*, el qual mirando con suma advertencia y cuidado á todas las criaturas y sus acciones, determina para unos trabajos, y felicidades para otros. Quando, pues, vemos que á pesar de todas nuestras diligencias ú obstáculos va siempre continuando en perseguir á un hombre cierta serie de infelicidades y trabajos, debemos creer que esta es especial providencia del Señor, el qual constantemente va conduciendo la criatura al fin que tiene destinado por los medios que juzgó oportunos; y que perseverando en sus fines y en sus medios, no muda de sistema con nuestros ruegos, ni se dexa vencer de nuestras fuerzas y diligencias.

Eug. Ahora ya quedo libre de esos yerros, que tuve siempre desde mi niñez.

Teod. ¿Y que me direis de la pésima crianza que los padres acostumbran dar á sus hijos, entregándolos á amas y criados de poco juicio y ninguna instruccion, y á veces tambien de perversas costumbres? De aquí forzosamente racen mil errores, de los quales miéntras Dios no nos da especial luz, no solemos dudar, estando firmes en que son verdades ciertas; y si queremos exâminar en qué

fundamos nuestro asenso , vemos que no tiene mas apoyo que el haberlo oido siempre así á nuestra ama y criados con quienes vivimos , que siempre son pueblo y baxo pueblo. Aquí entran los dias que llaman *aciasgos* , esto es , propios para desgracias , como muchos dicen que son los viérnes ; y aquí corresponde tambien la diferencia del pie derecho al izquierdo , teniendo por mal agüero entrar en una casa con el pie izquierdo. Aquí debemos poner el miedo que tenemos de cosas malas en los lugares oscuros , como si el demonio temiera la luz de la vela , y no pudiese aparecer tanto de dia , como de noche. Igualmente debemos contar el error comunísimo de que el *corazon adivina* : error de que hoy están tenazmente poseidos muchos hombres de juicio.

Silv. De los que están en esa persuasion soy yo uno ; y no me quitareis eso jamas de la cabeza.

Teod. No es aquí el lugar propio de hacerlo : solo de paso puedo preservar de ese error á Eugenio , cuya instruccion es la que me pertenece.

Eug. Y debeis no solo preservarme , sino curarme ; porque si esa es enfermedad de mi juicio , os digo que desde niño me siento con ese achaque.

Teod. De la mala crianza de los padres y las amas viene ese mal. Pero decidme : ¿ como podrá el corazon adivinar sino conoce ? y aun tomando el corazon por nuestro ánimo y espíritu , ¿ como lo que está por venir po-

drá causar qualquier disposicion del ánimo si ni Dios me lo dice , ni el demonio , ni criatura alguna lo sabe para comunicarlo á mi ánimo ?

Silo. Así sale por la razon ; pero la experiencia comun é infalible es bastante prueba en contrario , sea como fuere.

Teod. No puede haber experiencia que tal pruebe : y aquí debemos tener la cautela que poco ántes dixé de las experiencias físicas. Primeramente esa experiencia es del vulgo , que no sabe reparar en lo que debe : además de eso , siendo ciertas las experiencias que alegan , no saben inferir lo que dicen. Todo el fundamento de esto está en una como cadena de sucesos tristes , que sobreviniéron á cierta melancolía natural que teníamos en el corazon ; y quando se verifica el tal suceso triste , todos dicen : ¡ *Ha , que bien me adivinaba el corazon !* Todos oyen esto , nadie lo contradice , y todos van creyendo sin poner la menor duda. Habiendo ya en nuestro ánimo esta creencia , qualquier suceso funesto que casualmente sobreviene despues de alguna tristeza , se atribuye á esta presagiosa noticia del corazon , y quedamos sumamente firmes en que el corazon adivina. Para que este argumento tuviese alguna apariencia de fuerza , era preciso probar que nunca venia aquella melancolía al corazon , sin que despues se verificase algun suceso funesto , y esto es falsísimo ; pero como nadie hace tanto reparo en la tristeza quando no se sigue el suceso triste , no hacemos

memoria de ello. Pongamos exemplo: pasáronse en un año 364 días en que no me quebré pierna ni brazo, ni se me saltó ojo, &c. y en un solo día del mismo año me sucedió alguna de estas desgracias: noto puntualmente este día siendo uno solo, y dexo en blanco los 364 en que nada triste me acaeció, ni me ocurrió jamás notar tal cosa. Así es en nuestro caso: si se siguiéron quatro sucesos funestos á alguna natural melancolia, son notados con gran cuidado; y si quarenta veces tuve melancolia sin que despues sucediese algun caso triste, no reparo en eso, ni tal tomo en la boca. ¿Pues no es una inconsequencia reparar en quatro sucesos, y no reparar en quarenta? Fuera de eso; quantos sucesos tristes vienen despues de una grande alegría? Muchos: de manera, que es sentencia del Espíritu Santo, que *al fin de la alegría acostumbra venir la tristeza*¹; y con todo eso no basta ver allí claramente que el corazon no adivinó, para quitarle esa falsa posesion, quando basta uno ú otro suceso para darle la ridícula é imposible prerrogativa de adivinar. Esto solo podria ser por milagro y obra de Dios, y en algunos casos por arte diabólica. Pero el persuadirse de la natural adivinacion, es un error solo discupable en niños, porque solo para con ellos tiene autoridad el vulgo.

Eug. Veo que teneis razon; y prácticamente voy conociendo que no basta á una

¹ *Extrema gaudii luctus occupat.* Prov. 14. 13.

persona no tener jamas duda de una cosa , para que ella sea verdadera.

Teod. No conviene hacer esta instruccion muy difusa : por eso no os apunto mas exemplos. Concluyamos, pues, aquí con este oportuno dictámen : *No debemos hacer caso alguno del dicho del vulgo* (proposicion veinte y ocho). La razon es , porque el vulgo muy fácilmente se puede engañar á sí ; y segun la máxíma que hemos puesto arriba , quando hay este peligro , no hay autoridad que merezca crédito. Pasemos adelante.

§. I V.

De los errores que nos vienen de la autoridad de los doctos.

Eug. **E**s cosa para asombrarse ver como por todas partes estamos cercados de enemigos de la verdad , porque los errores del vulgo entran en todo , y desde la niñez acompañan á un hombre que no tiene estudios, hasta que le dexan en la sepultura.

Teod. Tambien los que tienen estudios, padecen sus achaques en el entendimiento , de los quales son causa los mismos estudios. ¿ Quantos errores no he tenido yo en la cabeza fundados en la autoridad de los doctos, y quantos tengo aun , y tendré hasta el fin de mi vida sin conocerlos ? Aquel es dichoso que tiene ménos ; pues ninguno hay que absolutamente esté libre de este mal. Advier-to , pues , desde el principio dos cosas para

mayor claridad: la primera, que no hablo sino de la autoridad puramente humana, porque la divina bien podemos estar seguros de que no nos inducirá á error; pues ni Dios como infinitamente *Sabio* se puede engañar, ni nos puede engañar á nosotros siendo como es infinitamente *Bueno*. La segunda cosa que advierto es, que yo no desprecio la autoridad humana, porque entónces seria loco rematado; solamente digo que la autoridad humana suele ser ocasion de que creamos muchas cosas sin llamarlas á maduro exâmen; y por eso admitimos muchos errores, que no admitiríamos sino fuera por la honrada capa de la autoridad humana con que se cubriéron. Estos son como enemigos disfrazados que buscan vestidos de amigos, para que viniendo así cubiertos, puedan entrar en nuestra casa, sin que les pregunten quién son. Digo, pues, Eugenio, que *la autoridad puramente humana, ya sea de algun hombre insigne, ya de la comun opinion de los doctos, dado que merezca mucha veneracion, no debe dispensarnos de exâminar cuidadosamente, ó por nosotros mismos ó por personas inteligentes y desapasionadas, eso que ellos nos dicen, á fin de poder admitirlo por cosa cierta* (proposicion veinte y nueve). Observad esta máxima, si quereis errar poco.

Silv. Con todo eso, amigo Teodosio, si hablamos ingenuamente, todo el mundo condenará de atrevimiento y temeridad el que yo ú otro como yo, y aunque sea alguno

insigne en la materia , niegue lo que comunmente dicen los hombres doctos de una profesion. No solo digo que será atrevimiento el negarlo , sino aun el ponerlo en duda, especialmente si la doctrina está en la posesion de muchos años.

Teod. Convengo con vos en que es atrevimiento; pero hay ciertos atrevimientos loables. El que una sentencia sea proferida por un hombre insigne ó por muchos , y creida por muchos años , indicio es de ser verdadera ; pero este indicio no es tan fuerte que nos dispense del exâmen para darle firme asenso. Si el mundo siguiese esa vuestra opinion , bien podria tener la certeza de que acabaria sepultado en innumerables errores, que algun dia fuéron seguidos por los hombres mas eminentes , y en los quales nadie entónces ponia duda. Hubo algun atrevido que dudó : llamólos á exâmen , conocióse su falsedad, y fuéron desterrados para siempre de la república de los entendidos. Pongamos exemplos , ántes que Eugenio me los pida.

Eug. En esa posesion estoy.

Silv. Ahí viene el pobre Aristóteles sin duda.

Teod. Vendrá ; pero bien acompañado. Hombres grandes dixéron que no habia , ni podia haber Antípodas : creyóse esto mucho tiempo : hubo quien se atreviese á exâminar el punto ; vióse que era un error muy grosero y claro , y ya nadie lo siguió de allí adelante. Hombres grandes dixéron que ha-

bia region del fuego: que habia horror del vacío: que el fuego era leve y ligero: que el ayre no pesaba: que los insectos nacian de la simple corrupcion. Todo el mundo en esos tiempos creia estas doctrinas sin escrúpulo: hubo quien se atrevió á exâminar dichos puntos; conocióse que eran errores, y se desterráron para siempre con harto dolor de vuestro corazon, Silvio. Mas: ¿quantos hombres grandes en la Medicina ha habido en el mundo ántes de Harveo? Es cierto que innumerables: con todo ninguno de ellos conoció la circulacion de la sangre; lo que sentaban era que tenia fluxo y refluxo: vino Harveo, y puso esta verdad tan manifiesta, que en el dia nos asombramos de que unos hombres con la circunstancia de profesores no conociesen lo que un niño pudiera conocer, como ya os mostré en su lugar ¹. Id ahora y creed en la autoridad de los doctos, para no exâminar si lo que ellos dicen es así ó no.

Silv. Solo los Modernos, Eugenio, no están sujetos á errores, supongo que no pecáron en Adán; y no experimentan las miserias á que todos los Antiguos estamos sujetos.

Teod. Tambien los Modernos yerran; y tambien entre ellos muchas veces se lleva el error tras sí el torrente comun, y se conserva en esa posesion muchos años hasta que alguno le despoja de ella, y restablece en

¹ *Recreacion filosófica*, tom. IV. Tard. XXI. §. I.

el trono la desconocida verdad. ¿Que autoridad no tuvo en las escuelas modernas el gran Descartes? Con sus turbillones, vórtices ó remolinos se puede decir que revolvió todo el orbe literario; y casi sin advertirlo la mitad del mundo se halló Cartesiano: vino Newton con otros, y claramente mostró la ceguera de muchos que con la cabeza baxa y los ojos cerrados mas adoraban que seguian este sistema: y acaso vendrá tiempo en que se conozca que tambien erraron muchos, que en todo adoran á Newton como oráculo del templo de la verdad; pretendiendo que por especial privilegio no pague á la naturaleza el triste y forzoso tributo que todo hombre paga de estar sujeto á engaño. Lo mismo digo de Leibnitz y de los que vinieren despues de nosotros. Pero si quereis, Silvio, la razon por que en los Antiguos se descubren mas errores que en los Modernos, es porque ellos usáron muy poco del *Arte crítica*, y no exâminaban las cosas con tanta diligencia y esmero como se hace hoy, en que para exâminar de cierto qualquier punto, no se perdona á gastos, ni fâtigas, ni hay quietud hasta lograrlo. Ahora se duda mas; entónces habia mas lisonja, por eso se erraba mas. Tambien me ocurre otra razon: por lo mismo que las opiniones son antiguas, hubo mas tiempo para que se les perdiese el cariño, y se descubriesen los inconvenientes: puede ser que esas opiniones que ahora son modernísimas, quando fueren antiguas, sean tan desprecia-

das como en el dia lo son las de los primeros Filósofos. Por lo que , amigo mio , el que una opinion sea muy antigua poco aumenta al peso de su autoridad.

Silo. Esa es una cosa tan extraña, que yo no puedo creerla : á mí me parecia que la antigüedad y posesion en que está una opinion, siempre debia grangearle veneracion y crédito.

Teod. La antigüedad por sí sola no debe conciliar estimacion ni desprecio á las doctrinas : la opinion hoy mas antigua algun dia fué modernisima ; y la que hoy es moderna, algun dia ha de ser muy antigua ; y con todo una opinion nunca con los años es mas ni ménos verdadera de lo que siempre fué. Por lo que , ser una opinion muy antigua por sí sola , no debe adquirirle veneracion ; pues no son estas las canas venerables. Del mismo modo el que una opinion sea moderna no la hace mas estimable , ántes siendo ni-miamente moderna , por lo mismo resulta sospechosa ; y esto sucede por dos motivos ó razones : una porque toda novedad tiene cierto atractivo , que alegra los ojos , y muchas veces deslumbra : otra porque estando todavía vivos los autores de la opinion, puede haber para seguirlos el motivo de la lisonja. Despues que se entibia la aficion á los autores , entónces nos aficionamos ménos á lo que ellos dixéron ; y en fin el tiempo aconseja mucho y manifiesta muchos engaños. Así que , Eugenio , grabad en la memoria este dictámen : *Quien quisiere cono-*

cer la verdad con seguridad, ha de examinar el punto con ánimo indiferente, mirando meramente á los motivos intrínsecos ó razones fundamentales de la opinion, y no haciendo caso del número, antigüedad, ni qualidad de los autores que la siguen (proposicion treinta). Pero advierto, que si no pudiéremos exâminar dignamente la certeza de la opinion, atendiendo á los méritos de la causa, podemos fundarnos en la autoridad para dar asenso, no firme, sino dudoso; porque siempre la autoridad de los hombres doctos debe hacer algun peso para que creamos que alguna razon hallaron para seguir aquella opinion. Asimismo el no haberse descubierto en muchos años inconveniente ó falsedad en ella, persuade de algun modo que no lo hay; pero todo esto, como he dicho, solo puede ser motivo para dar asenso tibio y rezeloso, mas no firme y seguro, y que dispense del exâmen.

Silv. Sin embargo quando vemos que toda una Escuela sigue de tiempos antiquísimos una doctrina, bien puede qualquier hombre juicioso creer firmemente que es verdadera; pues no se puede presumir que él solo tenga mas juicio que millares de Doctores, que se hallan á favor de la opinion contraria, seguida de toda una Escuela.

Teod. No digais eso, Silvio mio, pues no hay mayor ocasion de perpetuar los errores que las Escuelas cerradas. Llamo *Escuelas cerradas* á las que no dan libertad para que cada uno siga lo que en su conciencia

entendiere. Doscientos mil Doctores de una Escuela no aciertan mas que un solo Doctor ; porque como indispensablemente han de decir todos los doscientos mil aquello que dixo el que fué cabeza de la Escuela , si ese acertó , acertáron todos los doscientos mil ; pero si él erró , todos los doscientos mil erráron. Persuadirse á que el primero que fué levantado por cabeza de la Escuela , no podia errar , es persuadirse á una cosa que ninguno prudentemente puede creer. Y si me conceden que la cabeza de la Escuela podia errar , entónces tanta autoridad hacen doscientos mil Doctores diciendo lo mismo unos tras otros , como el primero solo , que podia muy fácilmente errar como qualquiera. Ellos no pueden escandalizarse de esto : en el dia vemos en mil quëstiones todos los Thomistas á un lado , y todos los Escotistas á otro diciendo lo contrario : uno de estos partidos acertará ; pero el otro ciertamente yerra. Y ved ahí doscientos mil Doctores adorando de rodillas un error. Id ahora , y creed en la autoridad de las Escuelas. Es tal la esclavitud que hay en muchas de ellas , que si á alguno le ocurrió duda de lo que es punto de Escuela , debe resistirla como tentacion contra la Fe , y echar muy léjos de sí tal pensamiento ; porque el caso no es exâminar si la cosa es ó no es así en realidad , sino solamente si es ó no es de la mente de Aristóteles , ó de este ó de aquel autor. Pero dexemos este punto. Solo digo , que es una tiranía intolerable obligar á tan-

tos millares de hombres á que sujeten todo su entendimiento á lo que dixo otro hombre , del qual no consta que haya estado exênto de la pasion de hombre , que es errar. Erró S. Agustin tantas veces como consta de su libro de las *Retractaciones* : erraron tantos hombres grandes , ¿y no podrá errar una cabeza de Escuela? Fuera de que quando están encontradas unas con otras en qualquier punto , como sucede á cada paso , sabemos de cierto que la verdad solo está de una parte , y que la otra toda junta va errada ; y como esta oposicion es frecuente , es indubitable que son frequentísimos los errores que llevan tras sí todos los votos de una numerosísima Escuela. Poned, Eugenio , la consideracion en esto , y vereis el peso que debe hacer la autoridad humana , principalmente de los Doctores de Escuela.

Eug. No pensé que habia esa esclavitud de entendimiento fuera de las materias de la Fe : vamos adelante.

Teod. Falta dar la razon fundamental de esto. Todo el fundamento por que podemos creer en lo que nos dicen , se origina de que ni ellos se engañan á sí , ni nos engañan á nosotros , como queda explicado. Ahora bien , todos los hombres , por doctos que sean , tienen peligro de padecer engaño ; y quando entra en ellos el que llaman *espíritu de Escuela* , observan con tal religion la doctrina del Maestro , que ningun fundamento ni razon basta para hacerles abandonarla. Aun-

que sea preciso torcer las palabras , y dar sentidos violentos , la doctrina del Maestro nunca , ni de modo alguno se ha de desamparar. Esto ya se ve que es una pasión manifiesta ; y toda pasión , como ya os mostré , ocasiona errores , ofuscando el entendimiento ; por lo qual á mi entender mas fe merecen dos autores buenos , siguiendo libremente una resolución , que toda una Escuela : porque esos autores podian juzgar sin pasión ; y todos los de una Escuela juzgan con ella , y dan mucho motivo á sospechar que están preocupados ; y siendo así , no merecen tanto crédito como los autores libres , que á lo ménos no tienen contra sí la manifiesta sospecha de estar preocupados del espíritu de la Escuela.

Silv. Si ellos os oyeran , os quedarian muy agradecidos.

Teod. Si me oyesen en público , se mostrarian escandalizados ; pero si me oyesen en particular , los buenos habian de decir que tenia razon ; y así lo dicen , porque los que juzgan sin pasión , gimen oprimidos baxo el intolerable yugo de la esclavitud en que viven , sin poder dar un paso fuera del camino de sus Maestros. Ellos mismos se me han quejado varias veces , lamentándose de que para no ser privados de sus Cátedras , y despreciados entre los suyos , se ven precisados á seguir lo contrario de lo que sienten. Si les diesen libertad , serian los progresos en las Escuelas admirables ; porque los ingenios principalmente de los Portugueses son gran-

des, pero la tiranía de las Escuelas les impide la cultura, y los ata de manos y pies. Pero pasemos adelante.

Eug. Como ninguno de nosotros está sujeto á la esclavitud, no tenemos que afligirnos.

Teod. Pero en todo caso he querido advertir esto; porque es cosa que autoriza mucho qualquier doctrina el que la sigan mas de dos mil Doctores, que tantos y mas se hallan muchas veces en una Escuela; y como puede ser que esta doctrina sea falsa, tenemos que el error se os podria entrar en casa sin que le conocieseis; pues siendo todo error por su naturaleza vil y despreciable, le hallabais tan respetado, que traia detras de sí mas de dos mil criados nobles que le seguian.

Eug. La verdad es, que las circunstancias son tales, que parece quitan toda sospecha de engaño. A no hacerse la reflexion que habeis ponderado, ¿quien habia de rezelar que mas de dos mil hombres doctos se engañasen? Pero ya veo que siendo estos dos mil contra otros dos mil, los quales en Escuela diferente dicen lo contrario, forzosamente ha de concederse que hay errores que tienen á su favor mas de dos mil votos, y votos de hombres doctos.

Teod. Los que mas sujetos están á esta miseria é infelicidad, son los que aprenden las ciencias en edad tierna. Está un pobre estudiante que comienza á aprender una ciencia hecho (como nosotros decimos) pececillo de

San Antonio escuchando á su Maestro , hombre de muchos años y estudios , condecorado con su grado , con Cátedra pública , y gran reputacion entre los caballeros y el pueblo. Ved aquí que este Maestro con un tono decisivo da una doctrina diciendo que es cierta , y ensarta una cáfila de nombres , que el pobre estudiante jamas oyó , los quales juzga que son otros tantos oráculos ; y afirma el Maestro que todos aquellos autores dicen aquello mismo. Despues advierte de paso que algunos extrangeros dixéron lo contrario fundados en quatro ridiculeces de sus Matemáticas y marmotas (esto es así como os lo digo) ; pero que la verdad que siguen todos los hombres doctos , es la que él dexa sentada. Ahora decidme por vida vuestra : ¿ como podrá este pobre estudiantillo tener ni pensamiento de duda de lo que pronuncia un hombre á quien él tiene por un grande oráculo del templo de la verdad ? Parecele que si llegase á tener el mas leve asomo de duda contra aquella doctrina , ya cometeria un delito : con que se va á su casa creyendo firmísimamente lo que le dixo el Maestro , y jamas le ocurre duda ; y si vive ochenta años , otros tantos permanece firme en lo que aprendió. Y lo que algunas veces sucede es , que lo que se da por tan cierto , es tan falso como el horror del vacío , la simpatía y antipatía , la generacion de los insectos de corrupcion , la levedad del ayre , &c.

Eug. Yo confieso que los pobres discípulos tienen disculpa.

Teod. Pero no hallareis que la tengan los Maestros. Ellos no hacen escrúpulo de engañar á los inocentes: dan por cierto lo que no es cierto, y por indubitable lo que tiene muchas dudas. Esto es delito delante de Dios y de los hombres. Yo no me escandalizo de que yerren, que todos erramos; pero no aten las manos y pies á los pobres discípulos, que estando atados, nunca podrán salir del error: díganles, aquí hay dos opiniones; yo sigo esta, que me parece mejor, por estas razones; y déxenles la libertad y curiosidad de exáminar la opinion contraria, quando no tengan la caridad y paciencia de exponerles con sinceridad sus fundamentos: digo *sinceramente*, porque no siendo así, mas valdrá que no se los expongan.

Silv. Siempre será mas útil darles alguna luz de los fundamentos contrarios, sea como fuere, que dexarlos en ayunas en la materia.

Teod. No me conformo con eso. Los fundamentos expuestos por quien sigue la opinion contraria, si este no lo executa con ánimo sincero, se representan de tal suerte, que parecen muy diversos de lo que son. Los Hereges quando exponen á los suyos los dogmas de nuestra Fe Católica y los fundamentos de nuestra Religion, los pintan de tal forma, mezclando tales dicharachos y bufonadas, y haciendo tal mofa, que los inocentes que los oyen, hacen concepto de que nosotros somos poco ménos bozales que

los Gentiles de la América; pero si por fortuna dan con algun libro bueno de los nuestros, y leen en él sinceramente nuestros dogmas, quedan pasmados de la decencia, naturalidad, belleza y uniformidad de la doctrina de la Iglesia, y de la conexión de sus dogmas. Así hacen muchos Maestros con sus discípulos: expónenles con tal desprecio la opinion contraria y sus fundamentos, que los discípulos la reputan por locura rematada.

Eug. Mejor seria dexarlos solo con la noticia de que habia otra opinion, que á su tiempo ellos podrán exâminarla con sus fundamentos

Teod. Heme detenido en este punto mas de lo que quisiera; pero fué porque la autoridad de los doctos es una grandísima puerta por donde entran en nuestro entendimiento innumerables errores disfrazados. Esta autoridad de los Maestros es la que hizo gemir á todo el mundo en los siglos de la barbarie baxo un tiránico poder, que sobre nuestros juicios tenian los errores antiguos. Ahora, pues, en un mal tan nocivo y tan general conviene descubrir hasta las últimas raices. La razon, amigo, por que esta autoridad es capa de muchos errores es no solamente por la flaqueza de nuestro juicio, que como de hombres siempre está sujeto á engaños, sino tambien porque los Maestros quando llegan á cierto punto de gloria y fama entre los pueblos, no quieren consentir que alguno de los discípulos sobresalga, y

venga á disputarles la gloria que ellos gozan. Por eso los Maestros de Filosofía de mi tiempo no consentian que sus discípulos estudiasen Matemática , ni que fuesen á las aulas de experiencias físicas. Por eso los Médicos de vuestro tiempo no querian que los que se aplicaban á la Medicina fuesen á las disecciones públicas que en el Hospital hacia Santuche y otros despues de él : y muchos conoceréis tan ignorantes de la Anatomía , que qualquier muchacho de las Escuelas modernas los dexa confundidos , como le sucedió delante de mí á un gran Médico de Cámara , que dixo y porfió que era difícil saber quantos sístoles y diástoles tenia dentro de un minuto el corazon de qualquier hombre.

Silv. En tomando el pulso con una mano, y teniendo el relox en otra , estaba vencida toda esa dificultad.

Teod. En el dia hay muchos Médicos , cuya instruccion es tan diferente de la de los antiguos , que no puedo explicarlo. Mas volviendo al asunto , no solo errábamos porque los Profesores públicos estaban engañados en sí , sino tambien porque querian engañarnos á nosotros , ó por lo ménos pretendian que fuese ó no fuese errada , no saliésemos de su opinion.

Eug. Ahí entra la pasion del amor propio , y caemos en la regla general de que donde hay pasion , hay algun error , ó grande peligro de que lo haya.

Teod. Lo que digo de los Maestros que

hablan , lo digo tambien de los Maestros mudos , quiero decir , de los libros. Una de las cosas que apadrina mucho los errores , y los hace pasar sin el exâmen de la crítica justa , es haber compuesto sus autores obras muy voluminosas. Quien ve que un autor escribió veinte volúmenes de á folio , forma tal concepto de ese hombre , que le imagina de esfera superior , y exênto de la miseria de los otros hombres ; y no advierte que bien podia errar en una y muchas cosas , y no obstante esto ser un hombre muy grande , como le sucedió á San Agustin. Si bien reflexionamos quanto mas voluminosas son las obras de qualquier autor , mas errores han de contener ; y esto por dos razones : la primera , porque hablando mucho mas , es natural que mas veces se pague el tributo de todos los que hablan : la segunda , porque siendo la vida breve y las obras muy largas , no podrán sus autores exâminarlas y corregirlas tanto como si fuesen muy pequeñas. Amigo Eugenio , obras muy perfectas han de ser precisamente muy pequeñas ; de otra suerte no podrán ser muy exâminadas y purificadas. ¡ Quanto mayor estimacion merece el pequeño volúmen de Melchor Cano *de Logis Theologicis* , que obras muy voluminosas de otros ! ¡ Quanto mejores son las pequeñas obras de *Menochio* y *Tirino* , que los catorce volúmenes en folio del *Abulense* ! ¡ Quanta mas estimacion merece el *Racionario* de Petavio , que los voluminosos *Anales* de Saliano ! Lo mismo se puede decir de

otros autores. Y de aquí viene otra preocupación que perjudica á muchos; y viene á ser, que los autores que escriben de todas materias, suben á tal grado de opinion, que se tiene por grande injusticia y delito llamarlos á juicio, para que sus dichos sean exâminados en el tribunal de la crítica. Ahora bien, hablando sin pasion, un hombre por lo mismo que se aplica á muchas materias, puede mas fácilmente descuidarse en algunas cosas; y si no no será hombre. Por lo que, Eugenio, nunca os dexéis llevar de estas circunstancias para creer, sin primero exâminar ó por vos mismo, si lo podeis hacer, ó por personas que tengan buena crítica, y hablen sin pasion y con inteligencia.

Eug. No os fatigéis, que voy disponiendo mi ánimo para no creer de ligero.

Teod. Tambien hay en los autores otra circunstancia con que nos preocupamos, que es su religion ó virtud. A la verdad la virtud de un hombre conduce mucho para que le demos crédito, y no dudemos de lo que dice; pues no hay riesgo de que nos engañe maliciosamente; mas su virtud no quita que él esté engañado; y así creyendo ciegamente lo que dice, quedaremos engañados como él. Conviene, pues, hacer reflexion sobre la materia de que se trata; porque materias hay en que mas debemos creer á un herege, que á un Santo Padre. Pongamos exemplo: en la Medicina; no dareis vos, Silvio, mas crédito á Boerhaave, aunque es herege, que á San Ambrosio, que tal vez nunca

habrá sabido tomar el pulso? Lo mismo digo de otras Facultades. En la Anatomía, Historia, Filosofía y Poesía, ¡quanta ventaja llevan muchos Gentiles y Hereges á muchos Católicos! Así que la religion y virtud conducen para que no nos engañen por malicia, pero no para que ellos no estén engañados. En los Santos Padres encontramos cosas pertenecientes á Historia Natural, á Matemática y á otras ciencias, que hoy nos provocan á risa. San Hilario no conoció la Sal de tierra, habiendo de esta especie tanta ó mas que de la de agua; y fué un hombre doctísimo. Ellos se aplicaban á las Letras Sagradas, y en aquellos tiempos ni tenian maestros, ni libros, ni instrumentos, ni tiempo para muchos de estos estudios, andando como era justo y loable ocupados en los ministerios de su carácter apostólico. Ademas de eso eran hombres, no eran Ángeles, y así habian de engañarse en algunas cosas. Por eso nunca alegueis á los Santos Padres para puntos de Historia Natural ó Ciencias Naturales: excepto si ellos por otra parte fuéron eminentes en esas ciencias; porque entónces constándonos de eso, la ciencia con la virtud es oro sobre azul, y merecen mucho mas crédito, porque ni hay peligro de que nos engañen siendo Santos, ni tanto riesgo de que se hayan engañado á sí, siendo doctos é instruidos en esas materias.

Silv. Hoy estais muy rígido: á nadie perdonais.

Teod. Si hallais que no llevo razon, en-

señadme, que yo prometo ceder á ella si llegare á conocerla. Pero creo que doy razon de lo que digo; y si quereis autoridad, id y leed en este punto á qualquiera que trate del Arte Critica, y vereis que no traigo doctrina nueva, sacada de mi cabeza.

Eug. En el modo con que se porta Silvio, confiesa que teneis razon.

Teod. No obstante, amigos mios, conviene huir de un extremo en que pueden caer los demasidamente criticos, porque todos los extremos son peligrosos; y si la nimia condescendencia en obsequio de la autoridad es peligrosa, tambien lo es el *espíritu de contradiccion*. Hay algunos hombres tan soberbios (demos á las cosas el nombre que les corresponde), que siempre están prontos para contradecir todo quanto los otros dicen; y esto es malo: el espíritu de dudar de todo suele ser bueno, mas ha de dudarse rezelando, porque así se averigua la verdad; mas el dudar porfiando y negando atrevidamente, suele ser muy malo; porque así se yerra mucho mas: y hay genios tan enemigos de ir por el camino por donde van otros, que siempre echan por vericuetos, y saltan barrancos y derrumbaderos, sin querer tomar el camino, solo por no ir detras de los otros que van por él; y ya se ve que estos tales han de precipitarse mas acá ó mas allá, y romperse la cabeza. El modo de caminar seguro es proceder con sinceridad, sin espíritu de lisonja ni de contradiccion: no es bueno ni creer de ligero,

ni impugnar temerariamente : debemos escuchar , atender , reparar , mirar bien hácia adelante y á los lados ; esto es , á las conseqüencias y á las circunstancias , y resolver con sosiego ; porque siempre oí decir , que mas valia acertar despacio , que errar de priesa. Huid , Eugenio mio , de la esclavitud del entendimiento , mas huid tambien del libertinage del espíritu : todo es pasion , ya sea adulacion y lisonja , ya sea pereza y amor del propio descanso , ya espíritu de singularidad , es no querer poner el pie en pisada agena : y todo hace errar , segun lo que ya os dixé hablando de las pasiones : tened cuidado con esto.

Eug. La doctrina que hoy me habeis dado , se conforma tanto con la razon , que me parece imposible olvidarme de ella.

§. V.

Del error que nos puede venir de la autoridad de los Testigos.

Teod. **D**emos un paso mas , y sea hácia materia mas freqüente , y no ménos importante.

Silv. La que acabamos de tratar bien importante es , y bastante freqüente.

Teod. Todavía nos vemos mas veces en la precision de dar crédito á los testigos , ya sea para los hechos históricos , ya para los casos de derecho , ya para mil ocurrencias familiares que suceden á cada paso ; pues

nada es mas freqüente que fiarnos para qualquier juicio y determinacion de lo que dicen los que son testigos , ó de vista ó de oidas.

Silv. Ahí todo el crédito depende de la verdad de los testigos. Si son veraces , pocos que sean , hacen grande autoridad : si no lo son , ni muchos hacen autoridad alguna.

Teod. Todo el punto está en que los testigos ni estén engañados ellos , ni quieran engañarnos á nosotros : por eso es preciso atender á muchas circunstancias que los Criticos advierten. Iré apuntando las que me ocurrieren. Debemos , pues , atender á quatro cosas : al número de los testigos , á su qualidad , á la materia en que testifican , y al modo de la deposicion.

Silv. Ahora he de oiros con mas gusto ; pues quizá vuestra crítica me servirá para cierta demanda que me da bastante que hacer : en ella me oprime un gran número de testigos falsos ; y podré dar alguna luz mas á mi Abogado para contradecirles ó ponerles excepciones.

Teod. No os burleis , que puede ser que os sea útil la conversacion. Primeramente en lo que toca al número de los testigos , guardad esta regla: *Todas las veces que los testigos , aunque sean muchos , tuviéron el origen de uno , no se deben reputar por muchos , mas por uno solo* (proposicion treinta y una). Hizose , por exemplo , una muerte en determinado sitio : hubo un hombre que dixo y publicó que Fernando habia sido el

matador : esparcióse esto por toda la Ciudad, y vienen á deponer en juicio veinte ó treinta testigos todos solo de oídas , y dicen que era fama haber sido Fernando el matador. Esto supuesto , conviene exâminar si la fama nació solo de aquel hombre que lo dixo ; porque en tal caso todos los treinta testigos no valen mas que por uno , siendo indubitable, que si este fuese malévolo , ó estuviese engañado , seria falso el testimonio de todos los demas que se fundaban en él. Yo hallo una costumbre perversa entre muchos que se precian de buenos christianos : quando necesitan testigos para qualquier deposicion , hacen que alguno cuente el caso delante de otros varios , y despues llaman los amigos á juicio para que depongan unánimemente que oyéron aquel dicho. Ellos juran verdad ; pero debe averiguarse á quien lo oyéron , y en sabiéndose que todo nació de un solo hombre , se deben reputar por un solo testigo ; y no se les debe dar mayor autoridad , que de una persona sola que lo testifique.

Eug. Eso es una cosa sumamente conforme á la razon.

Teod. Todo el motivo , Eugenio , por que el número de los testigos aumenta su autoridad , y merece mas fe , consiste en que no es tan fácil que mientan siete , v. g. como que mienta uno solo , ni tampoco es tan fácil que se engañen siete , como que se engañe solamente uno. Pero comunicándose la noticia de un hombre á siete , si el primero estuviere engañado ó quisiere mentir , todos

los demas se engañarán tambien, y no dirán verdad, aunque sean personas de gran provida.

Silv. Esa circunstancia en conciencia siempre debe examinarse.

Teod. En consecuencia de esta doctrina muchos hechos que corrian entre los hombres por cosa indubitable, ya en la opinion de muchos Críticos merecen ponerse en duda. ¿Que cosa mas constante entre los doctos que la famosísima guerra de Troya; y con todo no falta quien dude ¹ si hubo ó no tal guerra en el mundo; porque todos los infinitos Oradores, Poetas, Historiadores y Filósofos, así Griegos, como Latinos que hablan de ella, vienen últimamente á fundarse en la autoridad de Homero ó de cierto Siargo, Poeta mas antiguo; y este por ser uno solo y Poeta, no merece tan firme crédito, que baste á dar un hecho por cosa indubitable. Yo no digo que no la hubo, mas solamente apunto este exemplo para que veais como puede una cosa falsa llegar á ser testificada por casi todos los autores, quando todos ellos se fundan en uno solo.

Silv. En el Derecho hay un proloquio, que el dicho de uno es dicho de ninguno ², esto es que no merece fe.

¹ Véase el Genuense en la Lógica, donde cita de los Modernos á Christiano Adan, Gerardo Groesio, Struvio y Juan Baptista Vico: ademas de Dion Chrisóstomo y Metrodoro, que entre los Antiguos pusieron este punto en gran duda.

² *Dictum unius dictum nullius.*

Teod. Con todo muchas veces es tal el testigo (aun siendo único) que por sí solo hace grande autoridad, y esta es la segunda circunstancia á que se debe atender, y viene á ser la qualidad del testigo. Por quanto *si el testigo es de vista, hace mucha mayor autoridad, que si es de oidas: como tambien si es testigo de mayor excepcion, ó por su providad y letras, ó por su dignidad* (proposicion treinta y dos). La razon es porque el testigo que es de vista, no es tan fácil que se engañe como siendo de oidas. Tampoco es de presumir que mienta un hombre de bien ó de probada santidad. Ahí teneis el martirio de San Juan Evangelista quando le metiéron en la tinaja de acéyte hirviendo, el qual solo consta por un testigo, que es Tertuliano; y sin embargo ninguno prudentemente puede dudar de él.

Silv. Pero á veces quanto mas buenos son los hombres, tanto mas fácilmente se les engaña.

Teod. Quando yo doy preferencia á los buenos, es en lo que ellos atestiguan de propia ciencia diciendo, que lo viéron ó que lo saben de cierto, ó que lo oyéron á tal ó tal persona fidedigna; de suerte, que no demos mas valor á su deposicion, que á lo que ellos testifican sobre su palabra, porque en eso no es fácil que haya engaño. Pero quando ellos estriban en la autoridad de otros, entónces ya puede haber engaño por mas virtuosos que sean, porque su providad no los exíme del engaño ageno.

Eug. Tambien conduce mucho el que un hombre sea docto, porque ese sabe lo que dice.

Teod. Conforme fuere la materia : si es materia que pida instruccion especial, debe atenderse principalmente á la ciencia : si fuere materia que no pida especial noticia y estudio, se ha de atender á la virtud. Pongamos exemplo : murió un siervo de Dios, y despues de muerto quedó flexible ó de rodillas, ó hubo esta ó aquella circunstancia extraordinaria : deponen de todas ellas varios testigos : digo ahora que en quanto á si la postura, la efusion de sangre, el calor, la incorrupcion, &c. es natural debe preferirse un testigo docto en Física y Medicina, aunque sea un herege ; pero en lo que toca al simple hecho que todos presenciaron, debe ser antepuesto el testigo mas grave, verídico y prudente, el qual merece mas crédito porque se supone que mira mejor lo que dice. Por tanto, Eugenio, guardad esta regla perteneciente á la materia de la quæstion : *Debemos atender á la materia, á la qualidad y circunstancias del hecho para poder por ellas calcular ó valuar el número y qualidad de los testigos.* (proposicion treinta y tres) ; y esta es la tercera circunstancia que yo habia dicho que debemos observar, conviene á saber, á que pertenece la materia.

Eug. No se me olvidará.

Teod. La quarta circunstancia es el modo con que se da la declaracion : á veces el

modo de declarar desde luego da á conocer ó la verdad ó la falsedad del ánimo. El Santo Daniel inspirado de Dios de este modo conoció la falsedad de los dos testigos, por cuya deposicion iba la inocente Susana á ser apedreada: llamó á cada uno separadamente, y exâminándolos sobre el lugar del delito que decian haber visto, halló que no concordaban, y por este medio quedó manifiesta su falsedad ¹. Otras veces por la turbacion de los testigos ó encarecimiento de sus palabras se conoce su pasion, y por la pasion se viene á conocer lo poco que vale su autoridad; pues conforme á lo que queda dicho, donde hay pasion hay engaño regularmente hablando, ó en todo, ó á lo ménos en parte. Observad, pues, esta quarta regla que dan los Críticos: *No se debe atender solamente á las palabras, sino tambien al modo y á todas las circunstancias con que el hecho se refiere.* (proposicion treinta y quatro).

Eug. Todas esas reglas conservaré en la memoria con facilidad, porque se ajustan mucho con la razon.

Silv. Los Ministros que hacen pesquisa de los delitos, tienen en estos dictámenes buenas reglas para sentenciar con acierto.

¹ Daniel, cap. 13.

§. VI.

Del error que nos puede venir de la autoridad de los Historiadores.

Teod. **L**os dictámenes que quedan expuestos, tienen una aplicacion amplísima, y siempre muy útil, porque siempre importa mucho conocer la verdad. Pero la materia á que con mas general interes se deben aplicar, es á la Historia: aquí os digo yo que es precisa indispensablemente toda la critica; porque están llenos los libros de infinitas mentiras, y á veces tan vulgarizadas y tan apadrinadas, que solo por milagro dexará el entendimiento de abrazar muchos errores, sino usare de una prudente, pero al mismo tiempo rigurosa crítica. Los Historiadores, Eugenio, son como unos testigos que deponen de aquel hecho, ó por ciencia propia ó refiriéndose á otros; y de ellos se debe entender todo lo que yo dixere en general de los testigos; pero ahora juntaré las mejores reflexiones que he hallado en los que tratan de esta materia, pertenecientes á los libros de Historia, para que se pueda distinguir la verdad de la mentira.

Eug. Si hablais de fábulas y novelas, no os canseis, porque de cierto tiempo á esta parte me enfadan indeciblemente esos libros infames; y juzgo tan perdido el tiempo que se emplea en esa leccion, como el que se gasta en hablar con locos.

Teod. No hablo de esos ; hablo de los Historiadores serios , que tambien en estos hay muchas mentiras : unas que nacen de su entendimiento , dexándose ellos persuadir del error : otras que nacen de su voluntad , engañándonos maliciosamente. En orden al crédito que debemos dar á los autores , nos mandan los Críticos observar varias circunstancias , y dan varias leyes. Yo las iré explicando : tomadlas bien de memoria. Primera : *Á los Poetas se les debe muy poco crédito : alguno mas á los Oradores ; y aun mas á los simples Historiadores* (proposicion treinta y cinco). La razon es , porque en los Poetas la ficcion propia de la Poesía siempre mezcla la verdad con la mentira ; y por eso si el hecho no nos consta por otra parte , queda muy dudoso , á lo ménos en las circunstancias ; pues no sabemos si esta ó aquella circunstancia fué cosa verdadera ó es mera ficcion para adorno del poema. Esto , como dixé poco ántes , debilita bastante el testimonio de Homero , celebérrimo Poeta Griego , sobre la guerra de Troya ; y no falta quien diga que todo es pura ficcion ; así como la guerra de las Ranas , que se atribuye al mismo Homero ¹. ¿Quantas mentiras no mezcla con la verdad nuestro Camoens en su poema épico sobre la expedicion de Gama á las Indias ? Ningun hombre prudente puede tener por cierta qualquiera de las circunstancias que él allí refiere ; pues sabe-

L 3

¹ Genuense en su Lógica , l. 4. c. 2. §. 12.

mos que como Poeta habia de fingir mucho.

Eug. Por lo ménos las apariciones de Vénus, los concilios de los Dioses, &c. son mentir bien á las claras.

Teod. Y tambien por cierto muy excusadas, especialmente quando mezcla esas fábulas con las verdades reveladas de nuestra Religion; por lo qual le censuran severamente los hombres mas doctos. Mas eso no es de ahora. Falta dar la razon por que los Oradores merecen mas fe que los Poetas, pero nunca un crédito ilimitado y total, mayormente los Panegiristas. Los Oradores si se dexan llevar mucho de su fantasía y entusiasmo, como tienen su parentesco con los Poetas, tambien fingen y pintan, y tambien se les debe hacer alguna rebaxa en lo que cuentan, porque acostumbran exâgerar las cosas que hacen á su intento. Especialmente en los panegíricos de hombres vivos, y que están presentes, debe haber grande cautela, porque ahí es indispensable la lisonja, que no es otra cosa que mentira, si le hemos de dar su propio nombre. ¿ Quien ha de creer prudentemente que es verdad todo quanto dice Plinio en el pasmoso y preciosísimo elogio de Trajano? ¿ Quien no se persuadirá á que Ciceron realzaba con su floridísima eloqüencia lo que decia de Pompeyo? Toda pasion miente, ó por lo ménos se inclina mucho hácia la mentira; y la lisonja é igualmente el odio son pasiones poderosas. No era ciertamente Verres tan malo como Ciceron le pinta, ni Demóstenes tal

como le figura Eschînes su enemigo quando intentó privarle de la corona de oro, que el Senado le pretendia dar; ni finalmente el mismo Eschînes era tan malo como le hizo Demóstenes, defendiéndose extemporaneamente de lo que le acusaba Eschînes. Pero con todo eso siempre merecen los Oradores mucho mas crédito que los Poetas, porque no tienen tanta libertad para fingir; y la ficcion que se les permite, tiene límites muy estrechos. Donde se ve que con razon se escandalizan los hombres de juicio, viendo mentir en los panegíricos á muchos Oradores sagrados, que son ministros de la verdad y oráculos del Espíritu Santo, los quales no tienen disculpa alguna para la lisonja de sus héroes, pues alaban á hombres muertos, cuyas almas ciertamente nada se pagan de las mentiras.

Eug. Sin haber yo hecho sobre eso reflexión tan juiciosa como vos podeis hacer, solo por esa razon última me escandalizaba de oírlos; pero vamos adelante.

Teod. La segunda regla es que *el Historiador si no es hombre de juicio maduro y prudente, ni cita personas inteligentes en la materia del hecho, merece poca fe* (proposición treinta y seis). La razon viene á ser, porque no teniendo capacidad proporcionada al encargo que toma, muy fácilmente se engaña él, y por consiguiente nos engaña tambien á nosotros: si es crédulo, da por ciertas las cosas sin exâminarlas, y se fia fácilmente de qualquier noticia que halle, ya

sea tradicion del vulgo , ya testimonio de autores poco exâctos. Por eso si el Historiador está bien instruido en la materia del hecho , por ser ella propia de su profesion merece mucho mas crédito , porque se supone en él mas capacidad para exâminar las circunstancias de ese hecho. Este es el punto principal , exâminar bien lo que se escribe , y esta es una de las circunstancias que hace muy estimable la Crónica de los Dominicos, compuesta por el grande Fr. Luis de Sousa, porque fué muy prudente y bastantemente exâcto en los documentos en que se fundó para formar el cuerpo de aquella historia. Por el contrario , otros muchos Historiadores Eclesiásticos tienen sus obras llenas de mentiras ; porque escribiéron quanto hallaron sin la menor averiguacion ni exâmen. Si no fuera materia odiosa , os apuntaria algunos , que traen mentiras intolerables. Este defecto es transcendente á todas las naciones , á todas las materias y á todas las edades. ¿Quantas mentiras no se hallan en Aldrovando y en Atanasio Kirker? ¿Que patrañas no refiere Aulo Gelio en sus *Noches Áticas* , sin embargo de haberlas sacado de autores Griegos antiquísimos? ¿Que embustes no encontramos en innumerables Itinerarios y Viages que se han publicado? Por eso , amigo Eugenio , quando entrareis á leer alguna historia , conviene primero , si puede ser , exâminar el concepto que entre los literatos tiene su autor ; y quando no halleis noticia de ello , por ser muy moderno ó poco cono-

cido, id haciendo reflexión en la misma historia, y lo vendreis á conocer.

Silv. En los hechos mas importantes deben siempre los Historiadores señalar los documentos en que se fundan, para que nuestro asenso no quede solamente sobre su palabra.

Teod. Algunos no están por esa ley de la Historia: dicen que deben exâminar bien los documentos, mas no citarlos en el cuerpo de la historia, sino darla á los lectores limpia y corriente: vamos adelante. La tercera regla es esta: *Los autores contemporáneos y domésticos merecen mucho mas crédito que los extraños, ó muy distantes en el tiempo; y quanto mas distantes fueren, tanto ménos se merecen, excepto si alegan testigos contemporáneos ó próximos á aquellas edades y lugares* (proposicion treinta y siete). Esta regla debe tomarse estribando sobre las precedentes, esto es, suponiendo en uno y en otro autor capacidad y prudencia. Siendo así, debe preferirse el contemporáneo y doméstico, porque este equivale á testigo de vista. Fuera de que es mas fácil que se introduzca la mentira con el transcurso del tiempo y la distancia de los lugares, porque pasando el hecho de boca en boca, ya se quitan, ya se añaden circunstancias, que totalmente corrompen la verdad; y tambien se da lugar á que maliciosamente se invente y esparza por el vulgo ignorante y crédulo alguna mentira. Por esta razon los mejores Críticos tienen en el dia

declaradas por fabulosas innumerables historias, que en los siglos pasados corrian por ciertas, porque examinando los Historiadores, hallan que ni ellos viéron los hechos por ser antiquísimos, ni alegan testigos próximos á aquellas edades, que pudiesen ó de vista ó por memoria reciente haber adquirido la noticia de esos sucesos. Por este principio (exceptuando la Sagrada Escritura) ninguna fe merecen las Historias que tenemos de las cosas ántes del Diluvio, porque las tradiciones de los Egipcios, de los Cartagineses y de los Rabinos, no teniendo, como no tienen, monumentos próximos á aquellas edades, que las apoyen, mas son fábulas de Poetas, que historias serias. Y hablando de los nuestros, ¿quien podrá contener la risa leyendo la vida de Adan, la de San Joseph, las antigüedades de Évora y otros libros que corren entre el vulgo? ¿Quien fué á reconocer los archivos de aquellos próximos tiempos tan remotos en que de nada se guardaba memoria, para leer sus manuscritos, y sacar de ellos esas noticias? ¿Quien descubrió medallas de aquellos tiempos, ó pinturas é inscripciones en las piedras, que son los monumentos de la Historia? Por eso, fuera de lo que consta de la Escritura, todo lo que se dice de Adan, es materia de risa: lo mismo á proporcion digo de otros asuntos.

Silv. Con todo eso viendo yo muchos de esos libros escritos por hombres doctos, y á veces con autoridades de Santos Padres, no me atrevo á dar sus noticias por fal-

sas , especialmente si son libros antiguos.

Teod. Por muy antiguos que sean los libros , son modernísimos respecto de los sucesos que contienen ; y así la nimia distancia de los tiempos da lugar á que se esparza alguna falsa tradicion entre los que vivian en el tiempo de los Escritores. Ademas , la autoridad de los Santos Padres no basta quando ellos fuéron muchos siglos posteriores , y no alegan fundamento suficiente: bien podian ser muy Santos , bien podian ser muy doctos y de admirable sabiduria en las Letras Sagradas , que era su propia profesion , y no tener bastante crítica. Fuera de que si la materia no era propia de su sagrado ministerio , se fundaban en la voz del vulgo , ó en algun otro libro que hallaban , de cuya autoridad no se detenian á hacer exâmen; y sobre su fe decian lo que les hacia al caso. Un hombre que va escribiendo , y toca en alguna materia de que no es profesor , no tiene reparo en valerse de lo que halló en Plinio en su Historia Natural , ó en Aristóteles en la Historia de los Animales , ó en Mr. Colone en su Historia Natural , ó en el Padre Atanasio Kirker ó en otros muchos. Ahora bien , ya sabemos que estos autores traen muchas patrañas , sin embargo estas no se deben imputar á quien inocentemente se vale de ellos , usando de esta ó de aquella noticia , que le sirve para su reflexion juiciosa. Nada , pues , debe perder de la estimacion que le es debida un autor , aunque sea un Santo Padre , que se vale de la tradicion

popular ó noticia fabulosa que tenia por verdadera , usando de ella para ilustrar lo que va escribiendo. Por tanto su virtud ni su literatura por sí solas no pueden dar valor á los hechos ó demasiado distantes ó muy antiguos. Yo hallaba donayre en el dicho de cierto caballero Portugués , que habia estado por Embaxador en la Persia. Este quando alguno le contaba una noticia que á él le parecia fabulosa , se despicaba de este modo: *Mire Vm. que le contaré historias de Persia* , como amenazándole con que le daria noticias de paises tan remotos , que el otro no pudiese conocer su falsedad.

Eug. No hay cosa mas fácil que mentir en lo que sucedió muchos años ha , ó se refiere á regiones muy remotas , y quizá desconocidas.

Teod. Ahí teneis la razon por que es temeridad dar crédito á tales noticias , quando no se alegan testigos próximos á aquellos tiempos y lugares. Por eso los buenos Historiadores de la antigüedad solo se fundan en las medallas antiquísimas , tal vez ya medio consumidas del tiempo , ó tambien en pinturas de aquellas edades , en inscripciones de lápidas sepulcrales , ó en las de las pirámides antiguas : y de aquí nace la estimacion que los literatos hacen de estas piezas , que el vulgo desprecia por verlas feas , viejas y carcomidas de los años. Mas en esto mismo se conoce á veces su gran valor por la antigüedad que supone ; y por ella son de grande autoridad para testificar he-

chos muy antiguos, que de otro modo quedarían desconocidos ó inciertos. Vamos á las otras reglas que faltan. *El Escritor que tiene la costumbre de mentir, no merece crédito: el que fuere apasionado á favor de lo que refiere, ó pusiere demasiado esmero en adornar su estilo, merece que se le haga alguna rebaxa en lo que refiere* (proposición treinta y ocho). En fuerza de esta regla ningun crédito se debe dar á Mahoma quando cuenta sus milagros, ni á otros autores, que aquí no nombro, por no gran-gear enemigos.

Eug. ¿Y de donde nos puede constar á nosotros que este ó aquel autor es mentiroso?

Teod. Puede constar de su vida notoriamente perversa, como á veces sucede; y tambien de los mismos hechos que refiere por ser inverisímiles ó traer circunstancias repugnantes.

Eug. De los autores mentirosos ya sé que debo hacer poco caso; pero tambien encargais que se use de cautela con los apasionados.

Teod. Sí, porque los autores apasionados en aquellos puntos que lisongean su pasion, no merecen que les demos crédito enteramente, á causa de que la pasion ciega y la ceguera hace errar. ¿Quien ha de creer á los Castellanos quando hablan contra los Portugueses? *: quien á los Ingleses hablando con-

* No es extraño que se explique así el Autor siendo Portugués; pero no dexa de serlo el que pre-

tra los Franceses , ni á estos quando hablabren contra aquellos? ¿Que fe merecen los Hereges en lo que dicen contra los Católicos Romanos? ¿Quien dará crédito á lo que los autores de una Escuela escriben por vilipendio de los de la contraria? Tengo mucha experiencia de lo que voy á decir. Casi todos aumentan poco ó mucho. Ya en los tiempos antiguos los Romanos se burlaban de los Griegos por la mucha soberbia y passion con que se anteponian á las demas Naciones del mundo , y por esta razon no daban crédito á lo que decian en alabanza suya y menosprecio de los otros.

Silv. A ese propósito os contaré un caso gracioso , que sucedió el Domingo pasado que fuí á comer con nuestro amigo el Comendador. Tomó él casualmente un libro de historia , y dió con una noticia , que nos provocó á risa á todos los presentes. Decia el autor (y era de vuestros Franceses) que el Cardenal de Richelieu , para debilitar las fuerzas de España , habia dado el Reyno de Portugal al Duque de Braganza , que despues se llamó Don Juan IV. Quando esto oimos , no pudimos contener la risa ; y nos admiramos de que sabiendo hasta los niños de la calle la historia de nuestra restauracion, este autor la ignorase : y con todo eso no

cisamente lo haga quando está tratando del poco crédito que merecen los que escriben con passion. Pudiera muy bien haber omitido este primer exemplo.

era Castellano , ni escribia contra los Ingleses , para que podamos decir que la pasion le cegó.

Teod. Ya sé que autor es ese : es el Abate Langlet du Fresnoy , el mayor hombre en la Historia que conocemos , por lo ménos el que mas que todos se esmeró en dar método para saberla. Pero cególe su pasion : no digo pasion de ira , sino pasion de amor excesivo de la gloria de su Nacion ; y quiso dar á su Richelieu la gloria (que no seria pequeña) de poder dar un Reyno á quien quisiese. Amigo Silvio, mis Franceses, como vos los llamais , tambien son hombres como los otros, y están sujetos á los mismos achaques : tienen sus pasiones, y tambien encarecen mucho sus cosas.

Silv. ¡ Gracias á Dios, que os he oido hablar sin pasion! Ahora os doy crédito.

Teod. Pero el amor de la verdad me obliga á decir que de ordinario no exâgeran tanto como los Españoles*.

Eng. ¿Y que es lo que teneis contra los que escriben historias en estilo nimiamente aliñado ; que me parece que tambien hablasteis de ellos en la regla que me habeis dado para que me precava?

Teod. Digo que el excesivo cuidado que el Historiador pone en adornar el estilo de su historia , le hace de algun modo sospe-

* Esto tiene mucha gracia ; que un Portugués en punto de encarecer sus cosas , tache de exâgeradores y ponderativos á los Españoles.

choso , no en la substancia , sino en las circunstancias de los hechos. ¿Habeis estado alguna vez , Eugenio , en Santo Domingo de Bemfica ?

Eug. Sí he estado , y muchas veces ; porque tengo allí un amigo íntimo.

Teod. Pues mañana por la mañana os mostraré en el grande Fr. Luis de Sousa la descripción de ese Convento , y vereis una cosa hermosísima que va encantando al paso que se va leyendo. El que se dexare llevar de esa descripción , formará una admirable idea de su fábrica , como á mí me sucedió ántes de haberlo visto : en fin tan grande fué el deseo que concebí de ver aquel edificio , quanto mi desconsuelo despues que lo ví. El autor es cierto que no falta en cosa alguna á la verdad ; pero de tal suerte la adorna y afeyta , que verdaderamente engaña , haciendo formar á todos idea muy diversa de la realidad. Una fuente que tiene un sátiro , está descripta de tal modo , que el pensamiento concibe idea de una cosa extraordinariamente bella , y de esta descripción nace un gran deseo de ir á verla ; pero no encuentra mas que una figurilla de barro con hechura de sátiro , metida en un ridículo nicho de piedra bastante tosca , y no muy aseada. Quando la leyereis , habeis de echar á reir , recreándoos no obstante en ver la fuerza de la elegancia de aquel excelente Historiador , que así sabe adornar y engrandecer sin mentir. Lo mismo digo de nuestro Jacinto Freire en la vida de Don Juan de Cas-

tro ; y lo mismo se puede decir de todos los panegiricos buenos , en los quales quien quisiere acertar de lleno con el blanco de la verdad , debe baxar un poco la puntería , porque la pólvora sube mucho , especialmente en los grandes ingenios.

Eug. Ahora ya veo la razon por que los Historiadores que adornan mucho su estilo , merecen algo ménos fe en lo que toca á las circunstancias del hecho.

Teod. Por conclusion de esta materia os habia de dar algunas otras reglas , que comunmente se hallan en los que tratan de este Arte de la Crítica ; mas no quiero que su multiplicidad os cause confusion , y en una sola resumiré lo que hallo en diversas : *Para dar crédito á qualquier historia , debemos por una parte pesar la qualidad del hecho y su dificultad ; y por otra el número y qualidad de los testigos , atendiendo á su prudencia , al tiempo y distancia del lugar en que escribiéron , al modo de referir y pasion del ánimo que muestran , y á la conformidad de todas las circunstancias y testigos entre sí ; y hácia donde pesare la balanza indiferente , hácia allí debe inclinarse nuestro juicio (proposicion treinta y nueve).*

Eug. En esa regla incluis todas las quatro que me habeis dado acerca de los testigos , y las quatro que me dais tocante á los Historiadores. Queda en mi memoria , y me serviré de ella.

Teod. En el dia los Modernos usan bastante.

temente de la Crítica ; y haciendo justicia á los Historiadores mas antiguos , nos excusan bastante trabajo , mostrándonos claramente ya la prudente diligencia de los mismos en exâminar los hechos de la Historia , ya la ligereza con que afirman las cosas , sin mas fundamento que el confuso rumor del vulgo.

§. VII.

Del error que nace de la corrupcion ó mala inteligencia de los libros.

Silv. **C**on efecto en estos tiempos bien en su punto está la Crítica , y no sé si diga que demasiado refinada.

Teod. El exceso en esta materia nunca puede ser muy perjudicial , la falta sí. Pero todavía , amigo Eugenio , tenemos que precaver otro peligro y origen de grandes errores , el qual viene á ser la corrupcion de los libros y su mala inteligencia. ¿Que importa que un Historiador tenga todas las buenas calidades , que pueden hacerle digno de fe , si su libro está corrompido , ó yo no entiendo bien lo que él dice ?

Silv. En eso teneis mucha razon , porque es bastante comun leer muchos el mismo texto del Historiador ó qualquier otro libro , y quedar con muy diversas opiniones , dándole cada uno diversa inteligencia.

Teod. Lo primero , por lo que mira á la corrupcion , puede esta tener muchos principios , de lo qual trata excelentemente el

Arte Crítica de Juan Le Clerc ¹, que son aquellos libritos que hoy habeis visto sobre mi mesa , donde leí esta materia para refrescar la memoria. Y hablando de los libros antiguos , seria una gran maravilla que hubiese llegado á nuestras manos alguno que no esté corrompido en muchas partes. Como solo por los años de 1447 (si no me engaño) tuvo los primeros principios el arte de imprimir , todos los libros que hasta entonces se habian publicado , eran manuscritos ; y en ese trabajo se ocupaban principalmente los Monges de aquellos tiempos, hombres que no podian ser muy peritos en todas las materias que trasladaban. De aquí nacia que habian de escribir muchos yerros por falta de inteligencia , ademas de aquellos en que hasta los mas instruidos caen por descuido. Los que dan papeles á copiar , saben bien por propia experiencia quan desfigurados quedan quando caen en manos de un copiante que no entiende la materia.

Eug. Yo he padecido infinito con la copia de varios papeles curiosos , de que queria hacer una coleccion , porque todas vienen erradas , y algunas son absolutamente indignas de conservarse.

Teod. Añádese que el ser las letras antiguas, los pergaminos viejos , y estar á veces rasgados y carcomidos , como tambien el estar

M 2

¹ *Arte Crítica* , part. 3. sec. 1. P. Lamy de la Congregacion del Oratorio de Francia en su *Apparato de la Biblia* , l. 2. y en Dupin.

escritos en diferente lengua de la que los copiantes hablaban, todas son circunstancias, que indispensablemente harian errar. Por otra parte la priesa en los escribientes, la ignorancia ó la inadvertencia en los que dictaban, y su pronunciacion poco clara y distinta, era otra fuente de muchas equivocaciones. Fuera de eso, muchas veces sucedia que los copiantes viendo al márgen de los libros algunos apuntamientos ó advertencias, que cada uno hacia en los libros de su uso, imaginaban que eran olvido y emienda del que lo habia escrito, y temerariamente los metian en el cuerpo del libro. Otras veces se ponía una palabra en lugar de otra, porque se tenia por sinónima, no siéndolo en realidad, y teniendo diversa fuerza y energía. Otras veces una palabra que estaba en abreviatura, sino se entendia bien, la trasladaban sin darle su valor; y ya esto hacia á la oracion mudar de sentido. Tambien se encuentran á veces caractéres por antiguos muy diferentes de los que se usan; y el que traslada, los confunde y trueca; lo que tambien sucede al que copia inscripciones de sepulcros y pirámides, porque los canteros ignorantes y groseros las grabaron de tal modo, que causan gran confusion á quien las lee, de todo lo qual se originan muchos yerros; de suerte, que si se confrontan muchas copias de un mismo libro antiguo, nunca se hallará que perfectamente concuerde una con otra.

Silv. Yo soy aficionado á leer todas las ins-

inscripciones que encuentro en las sepulturas, pirámides ó fuentes; y á veces ni atras, ni adelante puedo formar concepto de las palabras, estando aun bastante vivas las letras.

Teod. En los libros antiquísimos se hallan las palabras sin puntos, ni comas, y aun sin separacion de los vocablos, lo qual causaba gran dificultad en la lectura; y esto se halla no solo en los Griegos y Hebreos antiguos ántes del tiempo de los Masoretas, sino tambien en los Latinos.

Silv. En estos he hallado muchas inscripciones antiguas bien al contrario, siempre separadas las palabras con puntos, como nosotros hacemos ahora al fin de cada oracion.

Teod. Así lo hacian los antiguos, y siempre usaban de caractéres mayúsculos: despues tomóron los de los Longobardos, mas semejantes á los de hoy, y esta mudanza se halla tambien en los libros griegos y en los hebreos, como largamente lo trata el Padre Mabillon.

Eug. No os canseis tanto en hacerme enumeracion de los muchos principios de donde pueden originarse yerros en los libros manuscritos, porque yo discurriendo por lo que en el dia veo en los papeles, que leo manuscritos, infiero la confusion que traerá consigo la antigüedad.

Teod. Añadid ahora otra causa de otros mayores errores, que nacióron de la teme-

M 3

De Re diplomatica, l. 5.

ridad de los Críticos. Muchos que se entrometieron á corregir las erratas, que traian los libros, y las oraciones que hallaban sin sentido, pusieron lo que mejor les pareció; y muchas veces seria cosa muy diversa de lo que sus autores quisieron decir, y dixeron con efecto. A veces seria mejor que dexasen la laguna sin llenar, ó la errata, aunque fuese un despropósito, que emendarla mal; porque el que fuese leyendo, si encontrase algun yerro grande, ó algun blanco en medio de lo escrito, luego conoceria que allí habia engaño ó falta, y se quedaria sin saber lo que el autor dixo, mas no quedaria engañado. Pero estando el libro mal emendado, el que lee, como va de buena fe, piensa que el autor dixo lo que ciertamente no dixo: ¿y quien duda que este engaño es muy perjudicial? Y si hubo pasion ó interes en depravar de industria el texto, como era muy fácil que lo hubiese, ¿quien podrá conocer despues el engaño?

Eug. Pero nosotros al presente estamos libres de esas confusiones, porque todos los libros de que usamos son impresos.

Teod. Así es; mas si hablamos de los libros compuestos ántes de introducirse este arte de imprimir, que son innumerables, todos fuéron impresos sobre la fe de los que les sirviéron de originales; y todos los yerros que esta copia tuviese, se transfundiéron en la impresion. Este es el trabajo que hoy tienen los buenos Críticos, cotejando las impresiones con los manuscritos mas an-

tiguos, que se conservan en las mejores librerías, para corregir de este modo innumerables errores. Los Padres de la Congregacion de San Mauro han trabajado mucho en esta materia, y han hecho un gran servicio á la Iglesia, reformando las impresiones de muchos Santos Padres. Por estas razones, Silvio, ningun hombre prudente en el dia se atreve á afirmar de cierto el verdadero sentir de Aristóteles, porque sus obras tuvieron tales contratiempos desde que él las escribió hasta que se traduxéron é imprimieron, que si el mismo Aristóteles hoy resucitase y leyese sus libros, no se entenderia con ellos.

Silv. Que es harto lamentable desgracia.

Teod. Bien me parece esa reflexion; pero yendo á nuestro asunto, en los libros mas modernos ménos errores hay, porque los Impresores se sirviéron de los originales del propio autor, que son mas correctos. Pero ¿que erratas no traen aun las mejores impresiones? Esto supuesto, Eugenio, tomad este dictámen general: *No debemos creer luego confiadamente que todo lo que vemos impreso con el nombre de un autor, fué dicho por él; conviene certificarnos de que en eso hubo un prudente exámen* (proposicion quarenta). Para que veais quanto importa observar bien esta máxima, quiero, ademas de lo que está dicho, alegaros algunos exemplos, que os han de hacer mas prudente y cauto. Primeramente, en lo que toca á los autores Gentiles, como por ser al-

gunos de ellos de gran fama, eran sus libros muy buscados y pagados á buen precio, falsamente se publicaban en su nombre muchas obras de otros ingenios, y así corrieron muchos siglos. En los Escritores Eclesiásticos sucedió haber andado mucho tiempo mezclados entre los libros verdaderos muchos apócrifos. San Gerónimo á cada paso está haciendo mencion de ellos, algunos publicados en nombre de San Pedro, otros en nombre de San Clemente su discípulo, ó de San Bernabé, y de otros. No faltó quien se atreviese á publicar un Evangelio en nombre de Santo Thomas, y algunas Cartas con el título de San Pablo. Al mismo San Gerónimo hicieron tambien esta injuria, atribuyéndole escritos extraños; y tambien la hicieron á San Gregorio, á San Atanasio, á Orígenes y á otros muchos.

Eug. Bien aviados estamos: ¿pues quien se ha de fiar de los libros, si hasta debaxo de nombres tan sagrados se miente tan sacrílegamente?

Teod. Yo os daré las reglas, por las quales los mejores Criticos han llegado á descubrir esas falsedades.

Silv. Esas quiero yo oír con atencion, porque son de mucha importancia.

Teod. La primera es esta: *Si confrontando qualquier libro con los exemplares antiguos, los hallamos discordes, debemos seguir estos* (proposicion quarenta y una). La razon es, porque mas fe se debe á aquel exemplar, que es mas cercano al tiempo del

Escritor ; pues solo en la suposición de que aquella obra es hecha por él , le damos tanta fe como á sus palabras ; y bien se ve que quanto mas antiguo es algun exemplar , y mas llegado al tiempo del Escritor , mas fácil es que se conserve pura su doctrina , y mas exênta de corrupcion. Esto se entien- de no habiendo razon especial para desprec- iar el tal exemplar por alguna circunstan- cia , como puede suceder.

Silv. Eso es bastante conforme á razon.

Teod. Segunda regla : *Si lo que dicen los Antiguos de qualquier obra , concuerda con lo que vemos en ella , debemos tenerla por genuina y sana : si no concuerda , debe re- putarse por sospechosa , ó en todo ó en par- te* (proposición quarenta y dos).

Silv. Esa regla tiene la misma razon que la pasada ; y se saca de ella , porque es de creer que mas conocimiento tuviesen de las obras los Antiguos , que fuéron mas cer- canos al tiempo del Escritor , que noso- tros que vivimos tan distantes de esos tiem- pos.

Teod. Tercera regla : *La obra de que nin- guna mencion hallamos en el siglo de su autor , ni en los inmediatos , debe tenerse por sospechosa , sino hubiere alguna razon fuerte en contrario* (proposición quarenta y tres). La razon es , porque no es verisímil que esa obra (siendo de tal autor) quedase tan escondida , que ninguno en aquel siglo ó en los inmediatos tuviese noticia de ella , y tampoco es muy creible que teniendo no-

ticia de ella , no hablasen por algun incidente de dicha obra. Sin embargo , como este argumento es de los que llaman *negativos* , no tiene tanta fuerza , que no pueda haber falencia en él ; y con efecto todos dan por genuinas las obras de Fedro y Quinto Curcio , no obstante ser autores de quienes no encontramos la menor noticia en los siglos próximos al tiempo en que escribiéron; pero se halla en ellos tal pureza de latinidad , y tal elegancia , que ningun prudente duda de que ellos escribiéron en aquella edad ; y ni Fedro (como acertadamente juzga Vernei con otros Críticos) podia ser posterior á Tiberio , ni Quinto Curcio á Vespasiano. Por eso en esta regla hemos puesto aquella excepcion que queda dicha.

Silv. Y con razon.

Teod. Vaya la quarta regla : *Aquellos libros ó lugares de ellos , de que los Antiguos dudáron , ó que negáron , solo en fuerza de gravísimas razones se pueden admitir* (proposicion quarenta y quatro). La razon es bien clara ; porque regularmente hablando , mejor noticia habian de tener los Antiguos que nosotros de aquellos libros que ya en su tiempo estaban escritos. Con todo eso puede suceder que en los tiempos sucesivos se descubriese algun otro autor hasta entónces ignorado , como por exemplo Fedro ó Quinto Curcio , y de su testimonio ó de alguna inscripcion nuevamente desenterrada , como á cada paso está sucediendo , se deduxese bastante fundamento para

dar por legítimo ese lugar ó libro de que los Antiguos dudaron.

Silv. Pero no habiendo esa razon, debemos prudentemente arrimarnos á los Antiguos.

Teod. La quinta regla que dan es esta: *Si en el libro se hallan sentencias opuestas entre sí, debe sospecharse que está corrompido, excepto si fuere cosa de muy poca importancia, ó si el autor hablare solo como quien se refiere á la opinion de otros, ó mostrare que se retracta* (proposicion quarenta y cinco). La razon es, porque no es creible que un hombre de juicio diga cosas encontradas, á no ser que el asunto sea tan leve y de tan poco momento, que se suponga que el autor se olvidó ó no reparó en lo que tenia dicho. Tambien puede suceder que acordándose bien de lo que habia dicho, y considerando mejor el punto, mudase de parecer. San Agustin hizo esto muchas veces, y lo practican todos los que aman la sinceridad. Otros nunca hablan segun su propio dictámen, sino solamente segun la opinion comun, y á veces solo por modo de disputa, y no como quien declara su sentir. Así lo hace muchas veces Ciceron y Quintiliano.

Silv. Tambien en Hipócrates se halla alguna contrariedad; y dicen sus Comentadores que es por ese motivo que decis.

Teod. La sexta regla es esta: *El libro en que se hace mencion de sucesos, de personas ó de controversias posteriores al Escri-*

tor ; como tambien si usa de palabras y estilo que en su tiempo no habia , bien se ve que es apócrifo en el todo ó en parte (proposicion quarenta y seis). Porque el autor no habia de hablar de lo que en su tiempo no habia , ni como en su tiempo todavia no se hablaba. Esta regla es de mucha utilidad , y por ella se conoce ser apócrifos ó estar corrompidos muchos libros. Por esta razon niegan los mejores Críticos que sea de San Atanasio el Símbolo que se le atribuye ; pues vemos que en él se hace mencion de muchas heregias , que nacióron mucho despues , como son la de Nestorio y Eutichês posteriores al Santo ; pero esto es de profesion agena.

Silo. Eso dexémoslo á los Teólogos.

Teod. Ellos son los que mas necesidad tienen de estas reglas , porque en las materias eclesiásticas es mucho mas perjudicial la ficcion y mezcla de sentencias y obras falsas y espurias con los legitimos partos de los autores ilustrados por el Espíritu Santo. En otras materias no es tan nociva. La séptima regla es esta : *Si el libro está lleno de disparates , mentiras y cosas indignas , no puede ser de hombre docto y serio , aunque traiga su nombre , á lo ménos está muy viciado y corrompido* (proposicion quarenta y siete). En fuerza de esta regla , cuya razon es notoria , está decidido que muchos libros no son de aquellos Escritores , con cuyo nombre se honraban. Con título de San Agustin andaban (entre muchas obras que él

nunca hizo , ni pudo hacer) unos Sermones á los Monges del Yermo , y hoy se niega que sean del Santo , porque en ellos se decian cosas indignas y mentirosas , como por exemplo , que siendo Obispo de Hipona habia ido á Etiopia , y visto allí por sus ojos centauros y hombres con un ojo solo , y otras patrañas de que todos en el dia se rien. En otros tambien usa el autor , sea quien fuere , de un juego de palabras tan ridículo , que se conoce claramente que no podia ser de un Prelado serio , santo y docto como San Agustin lo era.

Silo. ; Que ni aun los Santos de ese carácter estén libres de falsos testimonios ! ; Cosa lamentable !

Teod. La regla octava es : *Si el estilo es totalmente diverso del de aquel siglo , ó del que el Escritor usa en otras obras ciertamente suyas , debe tenerse la obra por sospechosa : como tambien si el estilo es totalmente semejante al de otro autor , deberá la obra atribuirse á este , á no ser que haya razon fuerte en contrario* (proposicion quarenta y ocho). La razon es , porque cada Escritor tiene su peculiar estilo , que es como el carácter de su ánimo ; y así como por las facciones del rostro conocemos las personas , del mismo modo son conocidos los Escritores por el carácter del estilo. Pero advierto que debe haber cautela en el uso de esta regla ; porque así como con la edad mudamos mucho en las facciones de la cara , así tambien mudamos en el modo de decir,

especialmente si las obras se componen en diversos tiempos. Y aunque de ordinario el espíritu dominante del estilo siempre se da á conocer en cada autor, con todo eso es cierto que con la edad, estudio y gusto se muda á veces de tal forma el estilo, que nosotros mismos extrañamos las obras que hicimos en la edad mas fogosa y ménos madura. Tambien á veces sucede que uno imita tanto el estilo de otro, que se confunde con él, de lo qual tenemos exemplo y comparacion: exemplo en un discípulo de S. Bernardo, llamado Nicolas, que totalmente le bebió el estilo: comparacion porque tambien se encuentran hermanos mellizos, y tan parecidos, que todos los extraños los truecan y confunden. Esta advertencia es de un hombre de grande autoridad en la república de las letras, qual es el Mabillon ¹.

Silv. Convengo en eso; pero así como es caso rarísimo hallar en los semblantes esa casi total semejanza, así tambien es muy difícil encontrarla en los estilos.

Teod. Resumiendo ahora, Eugenio, lo que llevo dicho acerca de los libros genuinos, os daré dos señales ciertas para conocerlos: qualquiera de por sí es bastante para conocer que el libro es genuino; pero hallandose ámbas juntas, hacen un argumento muy fuerte. La primera señal, ó (como la llaman) *nota* de los libros genuinos es esta: *Si hubiere manuscritos dignos de estimacion ó*

¹ *De Studiis Monasticis*, p. 2. c. 13.

próximo á la edad del Escritor, que traigan su nombre : si el estilo , máximas y opiniones son las mismas que el autor muestra en otras obras suyas : si los Escritores próximos á aquella edad atribuyen esa obra al mismo autor ; y no se encuentra en ella nada que sea contrario á la historia de aquella edad ó indigna del autor ; seguramente y sin el menor rezelo se le puede atribuir el libro (proposicion quarenta y nueve). Esta regla es del gran Mabillon ¹, y ya está bastante explicada en lo que queda dicho de las señales de los libros apócrifos y viciados. La segunda señal ó nota es esta : Si hay una tradicion perpetua desde los tiempos próximos al Escritor , que concuerda con el libro , debe tenérsele por genuino (proposicion cincuenta). Esta regla es de San Agustin , que la establece fuertemente arguyendo contra Fáusto , acérrimo herege Manichêo. Tomad de memoria la fuerza y forma de su argumento , porque hallo en él especial energía y viveza , como cosa de este gran Doctor ; y con poca diferencia dice así ² : “ Yo no sé que hacer con
 „ vosotros , viendo que la maldad os tiene
 „ tan sordos contra los testimonios de las di-
 „ vinas Escrituras , que quanto de ellas se
 „ saca contra vosotros , teneis atrevimiento
 „ para afirmar que no lo dixo el Apóstol ,
 „ sino que lo escribió baxo el nombre de

¹ En el mismo cap. 13.

² Lib. 33. contra Faust. cap. 6.

„ este no sé qué falsario. Tan á las cla-
„ ras es agena de la doctrina de Christo
„ esa diabólica doctrina que enseñais , que
„ por ninguna parte podeis defenderla como
„ christiana sin decir que son falsas las Es-
„ crituras de los Apóstoles. ¡ Ah miserables
„ enemigos de vuestra alma ! ¿ Que escritos
„ tendrán jamas algun peso de autoridad , si
„ los de los Evangelistas y de los Apósto-
„ les carecen de ella ? ¿ Qual será el libro
„ de cuyo autor estemos seguros , si es in-
„ cierto si son de los Apóstoles las Escri-
„ turas , que la Iglesia propagada por ellos
„ y declarada con tanta sublimidad por to-
„ das las naciones , afirma ser de los mismos
„ Apóstoles , y tiene como suyas ? ¿ Y que-
„ reis que sea cierto que los Apóstoles es-
„ cribieron lo que alegan unos hereges ene-
„ migos de esta Iglesia , escrito y atribuido
„ á aquellos por autores que existieron mu-
„ cho tiempo despues ? ¿ Quantos exemplos
„ tenemos en las letras profanas de autores
„ verdaderos , baxo cuyos nombres se divul-
„ garon en los tiempos sucesivos obras age-
„ nas , las quales habiéndose conocido la su-
„ posicion , ya porque no correspondian á
„ las que incontestablemente eran de aque-
„ llos , ya porque no parecieron en el tiem-
„ po en que escribieron los autores á quie-
„ nes se atribuian , ni merecieron que ellos
„ ó sus íntimos amigos las transmitiesen y
„ encomendasen á la posteridad , fueron re-
„ pudiadas y dadas por espurias ! Ahí te-
„ nemos á Hipócrates (por omitir á otros)

„ médico celebérrimo, con cuyo nombre sa-
„ liéron algunos libros, que los Médicos ja-
„ mas admitiéron, sin que les aprovechase
„ tal qual semejanza en palabras y senten-
„ cias con los que indubitablemente eran de
„ Hipócrates, porque cotejados con ellos se
„ halláron muy inferiores, y porque no cor-
„ riéron por suyos desde el tiempo en que
„ se publicáron los demas escritos de aquel
„ autor. Y esos libros, por comparacion con
„ los quales son descartados los otros como
„ supositicios, ¿por donde consta que son
„ de Hipócrates, sino porque desde el mis-
„ mo tiempo de Hipócrates hasta el presen-
„ te (y lo mismo será en lo venidero) los
„ ha ido recomendando por tales una cons-
„ tante tradicion; de manera, que al que
„ lo negase, nadie se dignaria ni siquiera de
„ refutarle; y aun el dudar de ello seria ca-
„ lificado de locura ó fatuidad? Los libros
„ de Platon, Aristóteles, Ciceron, Varron
„ y otros autores de esta clase; ¿por donde
„ saben los hombres que son de ellos, sino
„ por la misma sucesiva y continua contes-
„ tacion de los tiempos? En las letras ecle-
„ siásticas sucede lo mismo. Muchos escri-
„ biéron diversas obras no á la verdad con
„ autoridad canónica, sino con el fin de
„ aprovechar á otros, ó de aprender ellos.
„ ¿Por donde se sabe, pues, de que autor
„ es cada obra, sino porque en el tiempo
„ en que cada uno escribió, comunicó sus
„ escritos á los que pudo, por cuyo medio
„ los divulgó, y de allí propagándose la no-

„ ticia de unos en otros , y extendiéndose y
„ confirmándose mas y mas cada dia , llegó
„ hasta nuestros tiempos ; de forma , que si
„ nos preguntan de que autor es tal libro ,
„ no titubeamos ni nos detenemos un pun-
„ to en dar la respuesta ? Pero ¿ que nece-
„ sidad hay de alegar cosas antiguas ? Estos
„ mismos escritos que tenemos entre las ma-
„ nos , si algun tiempo despues de nuestros
„ dias negare alguno que aquellos son de
„ Fausto , y estos míos , ¿ por donde se le
„ podrá convencer , sino porque los que aho-
„ ra tienen noticia de ellos , la trasladarán
„ aun á los que vendrán de aquí á mucho
„ tiempo por una continuada sucesion de unos
„ á otros ? Y siendo esto así , ¿ quien á no ser
„ que esté pervertido por la sugestion y ma-
„ licia de los demonios engañadores , será tan
„ furiosamente ciego , que diga que la Iglesia
„ de los Apóstoles , una tan fiel y numerosa
„ congregacion de hermanos , no pudo conse-
„ guir el trasladar fielmente á la posteridad
„ los escritos de aquellos , habiéndose con-
„ servado sus sillas por una certísima y no in-
„ terrumpida sucesion hasta los Obispos que
„ hay en el dia , siendo esta una cosa que con
„ tanta facilidad se verifica en los escritos de
„ qualesquier hombres ya fuera de la Igle-
„ sia , ya dentro de ella misma ? ” Hasta aquí
es el argumento de San Agustin , el qual en
el original tiene mucha mas energía que en
esta traduccion.

Silv. En la traduccion siempre se pierde algo de la fuerza y energía del original.

Teod. Pero volviendo á nuestro asunto, bien veis que el Santo da por prueba innegable de la verdad de los escritos evangélicos y apostólicos, la tradicion continuada y sucesiva desde aquellos primeros tiempos hasta los nuestros.

Silv. Solo tengo contra eso una cosa que me causa alguna duda; y viene á ser, que esos mismos escritos que los Modernos Críticos dan hoy por apócrifos, parece que gozaban de esa posesion fundada en la misma tradicion continuada; y no obstante vemos ahora que no eran legitimos escritos de los autores á quienes antecedentemente los atribuia la continuada tradicion.

Teod. Estais engañado, amigo. Esos escritos apócrifos se conoce que lo son, porque la voz comun que los atribuia á este ó al otro Escritor, no venia de aquellos primeros tiempos próximos á sus autores, que si viniese desde entónces, no los darian los Críticos por apócrifos y falsos. Lo que estos hicieron fué ir cavando hasta dar con la raiz de la tradicion; y hallándola falsa y viciada, diéron toda la tradicion por nula. Ved aquí para que es el inmenso trabajo de ir á desenterrar ediciones antiquísimas, pergaminos viejos, letras góticas y muy antiguas: cotejar exemplares de los mas antiguos archivos de la Iglesia, para exâminar no la rama, sino las raices mas profundas de la tradicion. El gran Pedro Daniel Huet en su *Demonstracion Evangélica* sienta varios axiomas, y en el primero añade á esta autoridad

de San Agustin una paridad que hace bastante fuerza: *Si esto no basta* (dice) *para dar por legítimos los escritos sagrados, quisiera yo que los que esto niegan me dixeran con que prueban que les pertenecen los bienes hereditarios de sus casas*: por cierto que ni los títulos que conservan en sus casas, ni las escrituras públicas de los archivos deben hacer mas fe que la historia; ántes ménos, porque los que guardan estos títulos y escrituras son unos pocos hombres, y á veces personas de poca consideracion, y los guardas que conservan los títulos y escrituras de la historia es el mundo entero.

Eug. Teneis razon: ese argumento es fortísimo.

Teod. Ahora bien, supuesto lo dicho, ya teneis bastante luz para preservaros en algun modo de innumerables errores en que la mayor parte de los hombres ha caido, originados de la corrupcion de los libros. Todavía falta cerrar otra puerta grande por donde tambien suele entrar en nuestro entendimiento un sin número de errores. Vamos á cerrarla, si la conferencia no os molesta por ser larga.

Silv. Aun yo me siento con deseo de tratar esa materia, porque la hallo importantísima; quanto mas Eugenio, para quien nunca las conferencias son largas.

Eug. Por cierto que habeis dicho la verdad pura.

§. VIII.

De los errores que nacen de la mala inteligencia de los libros.

Teod. **P**ues siendo así, voy continuando. ¿Que iuporta, Eugenio mio, que los libros estén correctos, y que sean verdaderamente de los Escritores, á quienes se atribuyen, si nosotros no los entendemos bien, ni penetramos todo su sentido? Ved aquí, pues, la puerta grande que yo decia de muchos errores, y para eso da la Crítica sus leyes, y hay un arte especial, que llaman *Hermenéutica*.

Silv. A veces sobre lugares al parecer bastante claros hay infinitas dudas, y de unas mismas palabras saca cada uno sentidos muy diversos.

Teod. Varias reglas dan los Críticos, que yo apuntaré de paso, porque Eugenio por ahora se contenta con una noticia mas ligera y breve. De presente os daré luz que os alumbre, pero que no os ciegue ni deslumbré, porque siendo la primera luz en esta materia, no debe ser fuerte. Quando os fuere preciso, podreis estudiar mas á fondo qualquiera de estas materias, que aquí se tocan de paso.

Eug. Enseñadme como juzgáreis mas á propósito.

Teod. La primera regla es: *El que quiera entender bien á qualquier Escritor, de-*

be leerle en la lengua en que él escribió, y entenderla bien (proposicion cincuenta y una).

Silv. ¿Pues no basta leer las traducciones, siendo buenas?

Teod. ¿Y que tan fácil es hallar una traduccion buena y perfecta? En este particular no digo todo lo que siento, por no escandalizaros los oidos: si vosotros os pusierais á traducir algun libro, conoceréis prácticamente la suma dificultad, que tiene una traduccion perfecta. No siempre hay palabras, que perfectamente correspondan á otras palabras: ademas de eso los idiotismos y modos de hablar de cada lengua, son diversísimos; las frases, la energía, los adagios, los énfasis son incapaces de traducirse perfectamente. Ved aquí de donde dimana gran parte de la dificultad que hay en entender la Sagrada Escritura, quando no sabemos el Griego y el Hebreo; y por eso en las buenas traducciones que tenemos, encontramos lugares que nos son obscurísimos, á los quales no sabemos dar sentido que nos satisfaga. Lo mismo sucede en todas las demas obras. Huid, pues, de traducciones quanto pudiereis, porque es dificultosísimo hallar fielmente el mismo pensamiento del autor trasladado con la misma gracia con que él lo expresó. Yo he visto traducciones indignas, las quales á un mismo tiempo hacen grave injuria á los autores, y son el descrédito de los traductores. En los libros de Matemática, Filosofía y otras ciencias no es tan difícil

la traduccion ; pero en las obras de Oratoria y Poesía donde no está el punto solamente en lo que se dice , sino en el modo con que se dice , tiene mucha mas dificultad ; y si se hace perfecta , tiene en mi opinion mucho mas mérito , que la obra del propio autor.

Eug. Á veces aun los que somos de la misma nacion ignoramos el verdadero sentido de algunas frases de otra provincia diversa de aquella en que nos hemos criado : basta hacer qualquier pequeña salida fuera de la provincia para hallar términos nuevos , que no entendemos sino nos los explican.

Teod. Decis bien : id ahora á entender perfectamente el libro de un autor no solo de diversa provincia , sino de reyno y lengua extraña , fiándoos de traducciones hechas sabe Dios como. Esta es la causa de que sea tan difícil la perfecta inteligencia de los libros Sagrados , porque fuéron escritos en Hebreo y Griego.

Silv. ¿ Pues de que medio nos hemos de valer , sino sabemos esas lenguas , ni tenemos tiempo ni comodidad para aprenderlas ?

Teod. El que tuviere edad á propósito , y hubiere de seguir la carrera de las letras , no tiene disculpa para no aprender á lo ménos el Griego , ya que logramos la dicha de tener un Príncipe que nos facilita esos estudios. Pero suponiendo que la edad y ocupaciones no lo permitan , debemos siempre acudir para la verdadera inteligencia á aquellos de quienes nos consta que saben bien la lengua en que el autor escribió , y no conten-

tarnos con qualquier interpretacion , sea de quien fuere.

Silv. Eso de ese modo ya es mas fácil.

Teod. A esta primera regla hacen algunos un prudente aditamento , siguiendo á Ciceron¹ ; y dicen , que da mucha luz , y á veces es preciso para la perfecta inteligencia de algunos pasages el saber la vida , genio y costumbres del autor y las de su nacion. La razon es manifiesta , porque del genio y costumbres del autor se puede inferir bien el sentido en que habló. A unas mismas palabras da diferente sentido un varon santo , todo inflamado en el amor de Dios , que un hombre perdido , entregado á los vicios. Diverso fondo se debe sospechar en un hombre astuto , que en uno sencillo : otro sentido da un profesor de ciencia , que un ignorante , á las mismas palabras que uno y otro profieren ; por consiguiente las costumbres y el genio dan mucha luz para entender algunos lugares. Del mismo modo se discurre de las costumbres de la nacion del autor ó de su Escuela ; pues las frases son tan diversas como los paises , y de las costumbres de las naciones depende la diversa inteligencia de las frases.

Eug. Nunca creí yo que se requeria tanto para entender un libro , ademas de saber la lengua en que estaba escrito.

Silv. A veces ni todas aquellas diligencias

¹ Cicer. *de Invention.* lib. 2. c. 4. Grotio , Puffendorf y otros.

bastan para alcanzar el verdadero sentido de algunos lugares oscuros.

Teod. La segunda regla da mas luz , y es: *No se deben tomar las palabras desnudas y separadas del contexto y sistema del Escritor , sino que se debe atender á todo el sistema y principios de que el Escritor se vale* (proposicion cincuenta y dos). Esta regla redime de una pésima reputacion á muchos Escritores , porque algunos espíritus turbulentos tomando sus palabras y sentencias divididas de todo el contexto de la obra , sentencian á los autores sin piedad ni justicia. ¿ Que injurias no han padecido el gran Newton , Descartes , Wolfio y Leibnitz por habérseles leído sin esta precaucion ? Pero tengo por cierto que quien los leyere con atencion , sino los siguiere , que eso es arbitrario , siempre formará de ellos otro concepto mas honorífico. De esta regla nace como corolario otro aditamento , que viene á ser : *No debemos interpretar el sentido del autor , arreglándonos á nuestras opiniones , sino á las de él , ni yendo ya de propósito suponiendo que sigue ó que impugna nuestro partido , sino que hemos de entrar en el exámen de su opinion con una total indiferencia* (proposicion cincuenta y tres). Porque de otra suerte nuestra preocupacion nos engañará. Contra este dictámen peca casi todo el mundo , principalmente los que están adictos á alguna Escuela : todos hallan lo que quieren en las palabras del Maestro á quien interpretan. Acuérdomede

que un profesor de Filosofía aquí en la Corte (era de los Peripatéticos) decia que nunca habia abierto á Aristóteles, que no hubiese hallado fácilmente con que probar las opiniones que queria establecer.

Silv. Ese era defecto de la persona, y no nacia de ser Peripatético.

Teod. Ni yo lo digo por eso: donde este defecto es mas comun, y mas perjudicial y abominable es en la inteligencia de los libros sagrados. Los Predicadores ¿que violencia no hacen á la Santa Escritura? Hácenla decir cosas, que nunca el Espíritu Santo dixo ni podia decir; y lo mas intolerable es que este sacrílego abuso se practica pública é impunemente, y aun á veces es recibido con aplauso. Llegué á oír cierto Predicador de los que llaman buenos, el qual todo quanto queria, hallaba en los libros Santos, *que quien mejor predicaba, mas mentia.* Este hombre blasfemo, que se servia del oráculo del Espíritu Santo para instrumento de la mentira, estaba en la persuasion de que predicar bien, es decir cosas nuevas é impensadas, que exciten toda la admiracion de los oyentes. Sea el Señor bendito, que ya veo en nuestra Corte casi desterrada esta peste.

Eug. Muchacho era yo, y bien poco escrupuloso, y con todo eso no gustaba de esos Sermones que decís.

Teod. Todos esos hombres pecaban en la inteligencia de los libros Sagrados, porque tomaban las palabras santas separadas del

contéxto , y á veces las truncaban maliciosamente. Otros las explicaban por la opinion particular de sus fantasías. ¡Válgame Dios, quanta afliccion me causa! Dexemos eso.

Eug. No os altereis : id continuando con las reglas para la buena inteligencia de qualquier Escritor.

Teod. La tercera regla es esta : *Las palabras del autor deben tomarse en el sentido mas óbvio y literal , excepto si ese sentido fuere absurdo ó contra las reglas precedentes* (proposicion cincuenta y quatro). La razon es, porque todo hombre habla comunmente en el sentido natural y óbvio : y si es hombre serio , quando habla por énfasis , ó ironía ó figura , siempre lo da á entender en el contéxto , ó se colige de las circunstancias. Y tambien si el sentido natural es claramente absurdo , eso mismo es indicio mas que suficiente para que conozcamos que habló en sentido metafórico ó por ironía. Contra esta regla pecan muchos Hebreos , los quales á las palabras claras de la Sagrada Escritura , que contienen expresamente los dogmas de la Fe Católica Romana , dan inteligencia figurada y metafórica. Esto hacen los Calvinistas , negando la presencia real de Jesuchristo en la Eucaristía; siendo así que el Señor expresamente dixo: *Este es mi Cuerpo* ; y añadió que era el Cuerpo que habia de ser crucificado.

Silv. Tal fué tambien la interpretacion de Clenomanes , si mal no me acuerdo , quando ajustadas treguas con los Griegos por

algunos dias , ántes que estos se acabasen los acometió una noche ; y hallándolos descuidados , los desbarató , dando despues la ridícula disculpa de que él habia hecho treguas por tantos dias , y no por las noches , y que así no habia faltado á la palabra.

Eug. Esa es cosa indigna de un hombre serio.

Teod. Decis bien : ¿ y por que sino porque todo el mundo habia de creer que él hablaba , como hablan los otros hombres , dando á aquellas palabras el sentido ordinario , tomando por veinte dias veinte círculos perfectos del Sol , cada uno en el espacio de veinte y quatro horas ?

Silv. De este dictámen bien clara es la razon.

Teod. Añado otra regla , que es la quarta : *Quando en el Escritor se hallan opiniones opuestas , debe mirarse si de intento mudó de parecer ; y siendo así , debemos seguir el último ; pero si no se conoce ánimo expreso de haber mudado de opinion , hemos de ver adonde habló de la materia mas de propósito , y este lugar debe preferirse á aquellos donde habló de paso ; de suerte , que comparando entre sí todos los lugares en que habló de la materia , deben ser preferidos los mas claros , los mas de propósito ó mas repetidos ; y los mas bien fundados (proposicion cincuenta y cinco).* De todo esto es clara la razon ; porque un hombre no dice cosas encontradas , sino ó porque muda de opinion , y

entónces debe seguirse la última, ó por descuido, y este no se presume donde el autor trata el asunto mas de propósito; ni tampoco quando lo repite muchas veces, ni quando se funda en razones que él admite, y no solamente toca como ajenas; y por consiguiente debe presumirse que en estos lugares expuso seriamente su pensamiento.

Silv. Pero á veces nada de esto basta, por ser muy obscuro el sentido del Escritor, lo qual especialmente sucede en las leyes, segun lo oigo decir á algunos Ministros.

Teod. Para eso se da otra regla, que es la quinta; y viene á ser: *Quando el sentido es dudoso ú obscuro, debe interpretarse por conjetura, y esta debe fundarse sobre tres cosas, que son la materia, las circunstancias y el fin* (proposicion cincuenta y seis). En las leyes este es el mejor modo de conocer la mente ó intencion del Legislador, quando las palabras son ambiguas, y el sentido está dudoso. Para explicar menudamente este punto, era preciso hacer sobre él una disertacion particular; pero basta haberos dado unas semillas de la verdad, de las quales os podeis servir en la práctica, quando os fuere preciso, cultivándolas para que os rindan fruto. Ahora por conclusion de la materia y de la conferencia de hoy os digo, que en lo que toca á la perfecta inteligencia de la Sagrada Escritura, especialmente en los dogmas de Fe, debemos con toda sumision sujetar el juicio á nuestra Santa Madre la Iglesia, á quien

sabemos que Jesuchristo con palabras claras, sinceras y repetidas prometió una perfecta asistencia del Espíritu Santo, para que no caiga en error. Y vamos á hablar con un vecino, que llegó de Inglaterra, quando estábamos para comenzar la conferencia, y pide la buena política que le vayamos á visitar, y saber de él algunas novedades.

Silv. Vamos, que bastante dilatada fué su ausencia.

Eug. Yo no le conozco; pero aprecio esta ocasion de conocerle.